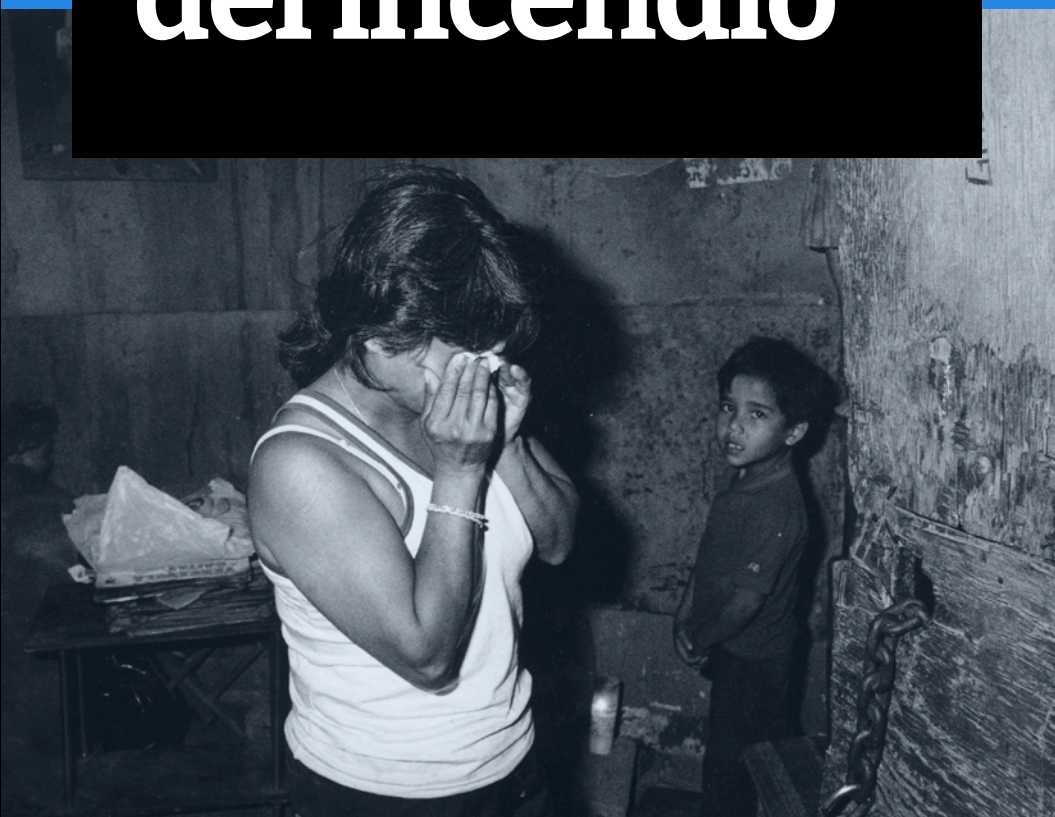


COLECCIÓN FEBREROS Y ABRILES

José Roberto Duque

Tiempos del incendio





Tiempos del incendio

COLECCIÓN FEBREROS y ABRILES

8

2.^a edición impresa Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

2.^a edición digital Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© José Roberto Duque

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfep@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Foto de portada: Francisco "Frasso" Solórzano

Hecho el Depósito de Ley:
DC202200097
ISBN 978-980-14-971-3


**EL PERRO
y LARANA**

José Roberto Duque

**Tiempos
del incendio**

COLECCIÓN FEBREROS Y ABRILES

Los febreros y abrilés tienen significados más que históricos. Son fechas y hechos que nos hablan, entre otras cosas, de la valentía del pueblo, de la aparición pública del hombre que devolvió los sueños y la esperanza a un país que clamaba por un verdadero y profundo cambio. Han pasado treinta años desde ese momento histórico, de ese 4 de febrero de 1992, cuando pudimos conocer el rostro de ese hombre que había iniciado, años atrás, las circunstancias que determinarían aquel “Por ahora”.

Los eventos que determinaron las acciones del 4F tienen sus antecedentes en el 27 de febrero de 1989. El pueblo —como tantas veces se lo escuché a decir al comandante Chávez— “se les adelantó”, salió a la calle a protestar contra las medidas neoliberales del segundo Gobierno de Carlos Andrés Pérez.

Toda revolución tiene su contrarrevolución. Es por ello que la frase: “Todo once tiene su trece” debemos recordarla, porque siempre tendremos que volver a ella. Hace veinte años vivimos el golpe de Estado contra el comandante Chávez y el pueblo venezolano, auspiciado por sectores empresariales e imperiales.

Nada ha cambiado desde entonces.

Estos febreros y abrilés nos recuerdan cuál es nuestro destino revolucionario, nuestra ética como militantes de un camino que dejó sembrado nuestro comandante Hugo Chávez.

Nuestra historia, aunque reciente, ha producido un abundante y prolífico material para su lectura y estudio.

Esta colección es una muestra del trabajo de historiadores, cronistas y escritores para que viejas y nuevas generaciones asistan a la memoria de las luchas del pueblo.

NICOLÁS MADURO MOROS

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nota editorial

Tiempo del incendio es una novela que nos introduce en un momento histórico crucial del acontecer político y social de Venezuela. Retrata esa situación de inestabilidad y agitación que tuvo lugar a finales del siglo XX y que fue coronada por la gran revuelta del Caracazo o Sacudón de febrero de 1989. Esta novela ocupa un lugar importante en el contexto actual, por lo que no es posible considerarla simplemente una crónica histórica: el Caracazo fue el germen de un sentimiento político, el mismo que hoy guía nuestro proceso revolucionario. *Tiempo del incendio* es más que buena lectura, es lectura necesaria, en particular para las nuevas generaciones que no presenciaron o que vivieron parcialmente un fenómeno de tal magnitud. Esta casa editorial reconoce la importancia de generar un vínculo desde la actualidad con este acontecimiento histórico —en este caso, a través de un retrato novelado— que sirva de base para una buena comprensión, compleja pero sobre todo humana, del violento alzamiento que llevó a cabo una clase subyugada. Por eso tradujo esta novela de José Roberto Duque, publicada originalmente en un formato por entregas, y con el título *Insurrección*, en la revista *Ágora* del diario *Crónica Caracas*, durante el año 2013. Esta nueva edición no comporta mayores modificaciones, más allá del nuevo título y algunos ajustes en la estructura, que permitieron unificar coherentemente los dos capítulos que en definitiva conforman la obra; esto debido al paso de un formato de entregas semanales breves en revista, al libro que ahora presentamos.

Hay hechos y datos verídicos en esta historia, pero aquí predomina la ficción. Aunque hubo investigación y recopilación de fuentes orales y documentales, esto no es un trabajo periodístico o histórico, sino una mezcla de todo eso con narración libre. Llámesele entonces como quieras, pero no me juzgan con eso de la falta de rigor científico o con la ausencia de personajes importantes.

PRIMERA PARTE

Pues a mí me parecía, cabellón, como decían aquellos píctos callejeros, que no de luchar por la paz tenía tanto entusiasmo como fomentar por la virginidad. Mira que llegué a oírme de una ristra de argumentos para seducirlos: que esos pobres conductores bajaras a empujones, y algunas veces a empujones, de los camiones —sus herramientas de trabajo— eran padres de familia, que qué culpa tenía la Coca-Cola de que las líneas de autobuses no quisieran aceptar el medio pasaje estudiantil, que a cuenta de qué había que pagarle media ciudad al el objeto era más bien ganarse las simpatías de la gente. ¿No estaban el movimiento revolucionario, la izquierda, los estudiantes, los comunistas y los estudiantes de la UCV más bien desacreditados ante los ojos de un país amante de la tranquilidad? ¿No era como raro ser de intentar convencer a los demás de la justicia de tu discurso y de la benevolencia de tus puntos verdicables respecto al día, al caso o la vida al prójimo para que éste te preste atención y entienda la esencia de tu ideología, si es que tiene alguna?

Los caraqueños se acostumbraron a platicar sus días jueves a partir de la dificultad que representaban los disturbios y probablemente sea fue el mayor impacto, la más importante ramificación que creó en aquellos verques en la ciudad capital; era reconfortante saber que mucha gente corría el rumbo normal de su vida, lo hacía antes de salir de su casa en la mañana: los jueves no podía uno tomar los camiones de pasajeros de color rojo, sea que van a El Cementerio y Las Rosales; no se podía transitar en carro por Plaza Venezuela, ni ir a los bancos que quedán en Las Chaguaramas o Santa Mónica, ni contar con el servicio del Hospital Universitario como no fuera en caso de extrema emergencia...

Mis viejas me aborrecían para preguntarme si yo estaba metido en verga con esos fichureros y yo me negaba, pero ellas insistían en hablarme mal de los pobres esos caracasinos, irrespetables pero amigos míos a fin de cuentas, y de los disturbios en tono tan rudo y tan desolante que una vez les dije sin pensar: "Sí, viejas, estoy metido en esa verga y por favor más respeto cuando hablen del movimiento como revolucionario, no fichureros, y no estamos atacando la propiedad privada, sino transformando el mundo", y la vieja se paraba y estaba en un llanto seco mientras el viejo forzaba una carcajada amarga: "Ja, ahora sí me jodi yo con este pedazo 'e pedojo".

Jesucristo era un tipo strachísimo y no logré cambiar el mundo, y lo van a cambiar ustedes que son una patrulla de jóvenes! Anda a la verga y cuidao al te van tirando una piedra o quemando un cacho, porque hasta allí mismo voy a ir para mostrarle una patada por el culo a ti y a esa cuntra de maricones falsos de respeto".

Y entonces me di cuenta de que algo, al menos en esa parte de las discusiones, me había unido con esos chicos, con los Once: la vocación por el mundo a contrarecorrido, ese dictado profundo llamado rebeldía.

—Bueno, quiero decirte algo antes de que probemos la primera cerveza. Míren, vieja del coñin —dice Mariana, con franca firmeza, una carcajada contenida en la expresión maliciosa y en la llana de los ojos—, yo puedo ser hija o nieta de cualquiera de ustedes. De hecho, creo que mi papá es más joven que este señor y que este otro, así que no tengo a calor me babonerías ni a dejarme impresionar con leyendas y cuentos pendientes de comentarios o discusiones con el síndrome de Peter Pan. Yo vine a completar una investigación, a tomarles un testimonio que me parece importante. Ajá, y tampoco voy a estar creyendo que porque los admito y me gusten curiosidad, entonces alguno de ustedes va a pensar que me va a involucrar y a engañar: "Ay, sí, se joché esta carajita, la hice llorar, la tengo lista".

—¡Ah, verga! —dice Oscar—, (pero te puedo mirar de vez en cuando), digo, cuando se me caen la vista y hoje los ojos no vas a pensar que te estoy mirando las tetas?

—No, porque yo sé que tu tengo tetas —dice Mariana, saltando la carcajada.

—Bueno, tranquila que aquí yo soy el feico que pesa de 50 y tú ya pasaste de los 20, ya no hay crimen ni acto lascivo con tetas y tal —dice Leonardo.

—Igual, ya a estos dos no los involucran las tetas —dice Ángel—. Es más: tú no puedes dar el hijo de involucrar con nada porque las puede dar una vaina.

—Como a Luis Paredes —dice Leonardo—. Empezó a sentir tumores ahí, chamo. Luis Paredes es uno de los guerreros de esa época. Hace como dos años estaba tomándose unas rumbas con unos pibas allí en el 23 y de pronto se cayó de espaldas en la acera. Los otros lo medio levantaron y lo ayudaron a sentarse varias veces, pero el hombre se iba de medio lado y se volvía a caer. Empezaron a burlarse de la tremenda pesa, pero al rato se dieron cuenta de que Luis estaba convulsionando y decidieron llevarlo al ambulatorio. La vaina era un ACV, no una botracheta.

—Lo vi hace poco —dice Ángel—. Me impresionó mucho porque yo tenía como ocho años sin verlo. La última vez que nos encontramos estaba sano y fuerte y al verlos me dijo con aquel orgullo: "Míra esta", y levantó el

brazo izquierdo, tembloroso, y movió el dedo así como si estuviera jalando un gatillo. Después de una juventud tan activa y tan violenta, el campo consideraba que eso era una hazaña.

—Mi hija tiene la edad de la compañera aquí presente —dice Óscar—. Y Leonardo es hipertenso. Y cuando veníamos en el metro una muchacha le ofreció el asiento a Ángel: "Siéntese aquí, señor".

—¿Se fijan? —dice Mariana, triunfal—, ya ustedes no actúan para andar haciéndose a las catatitas. Y menos para tratar de envenenarlas.

—Esta chatarra me recuerda... por cierto, ¿ustedes se acuerdan del viejo Víctor? —dice Leonardo—. El camarada se acordaba con la hija de Efraín, un compañero de lucha. Los dos andaban por la montaña; eran parte de lo que quedaba de la guerrilla por allá por Falco. En una de esas tardes la sacacón guerrillera ve que se acercan dos helicópteros del Ejército y empiezan a tirar la zuma. Los tenían muy cerca. La orden fue pegarse de espaldas a los árboles más gruesos y no moverse mientras pasaba el enemigo. En una de ésa, Efraín, que estaba junto a Víctor, le dice: "Cacho, qué falta me hace mi hijo". Y Víctor le responde: "A mí también". Y trató de coquetear: "Los hijos míos". Víctor no tenía hijos.

—Miren, societas de mierda, yo no vengo a que me hablen de esa época porque ustedes no vivieron así —dice Mariana—. Ésa fue la generación anterior a ustedes. Vámonos a ponerle orden a esta. Mejor dícho: déjenme ponerle orden, ustedes tienen experiencia en su cagada. Así que déjenme sus cagadas y yo se las organizo.

Y el silencio se hizo.

—A ver —sigue Mariana, ya con otra actitud—, aquí tengo esta cronología, estas copias de periódicos de la época, estas testimoniales y estas preguntas. Yo quiero confrontar esta información ya recopilada con la memoria de ustedes. Ya encontré narradores, ahora voy por los protagonistas. Ya tengo *La Rosa*, ahora quiero hablar con Aquilán —breve pausa—. No se inflen así, pendejos, no les estoy jalando bolas. Les estoy explicando el método que quiero usar.

—Epa, inepta, ¿en qué fecha naciste tú? —pregunta Óscar.

—Pero, ¿qué leñita!, déjenme seguir, déjenme trabajar —dice Mariana.

—En serio, es importante. ¿Cuándo naciste tú?

- No me van a creer. Les va a parecer de un tabuacumleto del curajo.
- Dilo.
- En serio, mami, se van a reír de mí, no me van a creer.
- Bueno, ya tú te estás riendo de nosotros. Habla.
- Bueno, nací el 4 de abril de 1989.
- Ajá. ¿Y?
- ¿No les suena la fecha? ¿No? —apunta con el dedo a Óscar—. ¿No? —apunta a Leonardo—. ¿No? —apunta a Ángel—. No me extraña. Voyas góv-wines. Malas amigas. Ese rollo de la mamá es un poco de tontes: Genial Juven.
- ¿Cómo? —dice Ángel.
- ¿Ah, curajo? —dice Leonardo.
- Ni me acordaba... —dice Óscar.

Ángel Busto, chata, esa historia hay que empezarla entonces cuando tú tenías unos tres meses en el vientre de tu mamá, por allá por septiembre-octubre de 1988. Una Mariana en gestación, un país en gestación: esas cosas son una línea entre una Venezuela y otra...

Óscar: Eh, un momento, que la chata trajo estas periódicas. Les leo los titulares para entrar en contexto, y después desarrollamos. Aquí están los periódicos de septiembre de 1988. Les voy a leer como los leían en el noticiero de Raúl Rumbina.

Éstos son los titulares

- El dólar se cotiza a 36,49 bolívares, lo cual le importa un coño al pueblo pobre y le genera un sé qué mierda a los burguesitas de corazón y a los burguesas de verdad.
- Anuncia para el 5 de octubre un plebiscito en Chile, en el que los ciudadanos decidirán si Augusto Pinochet permanece en el poder o le abre paso a otra generación de gobernantes.
- Indultando al fundador de Bandera Roja, Gabriel Ponce Aponte, por decreto presidencial. Al ser liberado recibió la visita de Simón Alberto Cotacachi, ministro de Relaciones Exteriores. El dirigente reveló que "hay guerrillas en el país, pero están inactivas desde hace cinco años", lo cual equivale a decir que uno tiene mamá, pero la tiene muerta.
- Diagnóstican contaminación con el virus del Sida al cantante puertorriqueño Héctor Lavoe. Desde Puerto Rico informan que por esta razón se leñó del nuevo plan del edificio en que habita, hace unas semanas.
- Arremetida policial contra estudiantes de Sociología de la UCV, a quienes vinculan con el frustrado atracón del banco Consolidado en Caracas, en el cual falló el dirigente izquierdista Raúl Sarría.
- Fallece en la ciudad de Nueva York el pianista Charlie Parker; parece que no es sólo la salud sino los saleros quienes están muriendo de muerte física y espiritual.
- El partido Acción Democrática celebra su 47.º aniversario. Gran muestra de celebrar: en el poder y con todas las posibilidades de elegir de presidente a otro sádoco, pero no a uno nuevo, sino a uno que gobernó en los años 70.

- Durante la 43.ª Asamblea General de la ONU en Berlín se arman las crónicas críticas callejeras contra el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, en perfecta sincronización con todos los países industrializados, se limpia el culo con todas las propuestas de América Latina para negociar o condonar la deuda externa de nuestros países, pero recibió al presidente venezolano Jaime Lusinchi — así sería el jalón de bolas que le echó— y le prometió todas las ayudas para fortalecer la democracia venezolana. Al resto de los países ni los nombró. Bueno, en realidad, sí nombró a Cuba y a Nicaragua, y no fue para decir nada bueno. ¡Ay, madre santa! ¡Qué orgullo! Reagan nos paró pelotas.
- Comienzan las Olimpiadas de Seúl, Corea; la URSS volverá insistida a EEUU en esta contienda, y serán las últimas en las que participe: una Olimpiada más tarde ya no habrá URSS, y las gólgas, tan tranquilas.
- Golpe de Estado en Haití: los gólgas derrocan a Henri Namphy y colocan en su lugar a Prosper Avril, un discípulo de Duvalier.
- No sólo agita el continental americano, sino también una época de la humanidad: el emperador japonés Hirohito está grave, Anthony Nery de Soñatun se convierte en el primer negro que gana oro en la natación olímpica, Ben Johnson pulveriza la marca de los 100 metros planos pero le quitan la medalla de oro, por negro, por jamaiquin y porque se metió esteroides anabólicos; muere Alfredo Abuarado, "el Rey del Joropo", consumado bailarín y cantante de boleros (su cuerpo fue donado a la UCV, gran viala); estrenan *La última tentación de Cristo*, película de Martin Scorsese que los remueve las limitaciones a los europeos y a los católicos de todo el mundo porque allí aparece Cristo Jesús culándose a María Magdalena y mostrando otras cosas de debilidad como, por ejemplo, esa de cagarle de miedo cuando vienen los centuriones a llevárselo preso. Llámase "debilidad" a ese extraño empeño del cuerpo de emanciparse con los ojos y estructuras cuando lo atan con clavos en una cruz. ¡Cristo, Cristo, qué débil fuiste!

Lamentosa Vala, vala, vala, habré que completar mi contenido. En ese tiempo había mucha agitación en las calles de Caracas y otras ciudades de Venezuela y al frente de esa agitación estaba el movimiento estudiantil. Yo

tu en estudiantes, pero el clima político estaba tan enrarecido y salieron en la Universidad que decidí pasar buena parte del tiempo ahí en la UCV, con mi hermano y los panas que organizaban distritos.

Lógico que entre nosotros había también divisiones, grupos y facciones. Los partidos políticos de izquierda y de derecha tenían allí su gente y sus cuadros, y el movimiento era entonces inspiración de unos partidos que habían vida en el país. Uno de esos partidos era Bandera Roja, y el líder máximo de ese partido en este cataje llamado Gabriel Puerta Aponte. Este tipo estaba preso desde el 82 y, como lo tienen ahí registrado, el gobierno de Jaime Lusinchi le concedió un indulto. Hay indicios de que esa liberación fue producto de una negociación sucumbida: Puerta se ganó la libertad a cambio de la delación de sus compañeros absueltos en otros en el momento del país. Dicen que la manera de Cantaura aún puede haber sido posible si alguien proporcionaba datos y claves para ubicar a los comaristas, y me alguien pudo haber sido el Gabriel Puerta. Es lo que dicen, no me pares mucha bola.

Lo cierto es que en ese momento de su debacle moral estaba el partido Bandera Roja mientras nosotros levantábamos en la Universidad un movimiento vigoroso de estudiantes. Nos agrupábamos en un gestón de organización llamado Desobediencia Popular, y ya eran comunes las confanzas que formábamos los días jueves; la gente los llamaba "jueves culturales" en la entrada de Plaza Venezuela o en Las Tres Gracias. Formábamos distritos, quemábamos algún autobús; por lo general se detenían las actividades académicas en la Universidad cuando entrábamos en acción.

Mariana: Sí, ya me enteré de eso. Formaban pan en la calle y después se escondían en la Universidad porque ahí estaban protegidos por la autonomía universitaria y el principio de inviolabilidad del recinto y esa paja. Si eran tan viciosos, ¿por qué no salían a cuidar a quienes en las calles sin escondidos?

Leonardo: Estás hablando como los burguesitos de la época. Hay un poco de vicio que tienes que abet. Si me lo permites, te cuento.

Mariana: Ya me lo están contando: Bandera Roja era un partido feo y descompuesto y ustedes los otros subditos de la Revolución, los putos, los llamados a salvar...

Óscar: Eh, ninguno de nosotros dijo eso. La segunda pretenda, por lo menos, nadie la plantó. Pero no duces de que Bandera Roja era un

partido descompuesto. Lo era. Y lo se veía. Creo que Ángel te lo puede contar. Él militaba allí en esa época.

Ángel Dité sobre eso tres palabras que sé que no se lo que viste a mí, Mariana. Bandera era un partido en acelerado proceso de aburguesamiento, con un líder méfimo dispuesto a negociar cualquier cosa con tal de salir de prisión y oponerse a radicalizar las formas de lucha. O a mantener en la ola de la protesta callejera, que era lo que estaban exigiendo los militantes ruanos y también el pueblo, la masa popular: la calle se estaba radicalizando y los jefes de Bandera Roja estaban jugando a pacifistas, a entrar en el juego de los partidos burgueses.

Así que nosotros no éramos unos carajos que creyéramos en la protesta sino más bien los tucos y los locos de la partida. Un grupo de militantes de base que en lugar de meternos por el carril de la disciplina partidista creamos más a juntarnos más seguido con otros otros locos desafiados, eso que llamaban Desobediencia, rezaca de otro grupo ultrao llamado Venceremos. Nosotros, con fama más bien de burguesitas, porque algunas estudiaban en la universidad Simón Bolívar, y uno, pues así, curre y con lentos reclutas...

Luzmila: Sí, asínt, eso era así. Los que nos reuníamos en la UCV éramos gente de barrio, proletaria, pobres o hijos de gente pobre, y nos autuamos quejnos de esa violencia relectora, de la violencia revolucionaria, la violencia chata; nosotros, los prebolas, los dimitores de todos los tiempos. De pronto se aparecen estos niños de familias burguesas y con pitos de burguesitas: Ángel, José Alfredo, Fermín, Gonzalo, y por supuesto que hubo un choque, una confrontación natural ahí. Creo que nunca discutimos en frontalmente, pero el comentario se escapaba de vez en cuando: esa actitud de nosotros los negros protestatarios que al principio veíamos con sospecha a estos camaradas editores, intelectuales, que venían de una universidad burguesa y tal. Todas discutaban bonito, todas leían, pues jaja, más que nosotros que nos batíamos una de marxista-leninista, pero que ninguno le había entrado a ninguna obra de Marx. Pero llegado el momento resulta que todas achaban confesos y tiraban pitos y se caían a tiro igual que uno...

Ángel: Y de puen le pramos el nombre pegajoso que teníamos el grupo de carajos que no obedecíamos línea partidista ni nada, sino que

tus dedicábamnos a jugar la paciencia, a quemar cochinos, a secuestrar y a quemar autobuses: los Doce del Patíbulo. Como la película...

Leonardo: En tus iguales, esa clave los bautizó con nosotros. Eran de los nuestros, como fueran de los nuestros otros burgueses y clase media de otros espacios: Bolívar, el Chu, una cantidad de comandantes guerrilleros de todos los tiempos...

Óscar: En mi caso sí era estudiante. ¡Ah, carajol! Yo sí los tenía estudiante. Bueno, es que en ese entonces yo era el tipo menos politizado. Cuando entré a la Escuela de Letras de la UCV trabajaba en la Biblioteca Nacional y no había militado en ningún partido. Era una especie de intelectual instrumental: tenía alguna lectura, un impulso de votar por los partidos de izquierda en las SU, y hasta ahí. Nunca me metí en ningún disturbio serio o acción violenta de estudiante, no estaba formado para eso, y el temperamento tampoco me daba para esas acciones; lo mío era una playa, una fiesta, una cogelera de culo: era el bicho irresponsable de 24 años de edad, el ejemplar clásico de eso que el escritor Cristóbal Larraín llamó como la Generación Bona.

Entonces yo veía pasar a esas chicas de moda —eso lo incluye a usted, camarada Ángel— y, aparte del aire cinematográfico y la actitud histérica y la disposición al combate, las estudiaba otra cosa: esas tetas bellas que las acompañaban. Eran varias, pero las mejores eran Carola y Maritza. Pudo decirlo ahora, veintitantos años después: yo nunca me atreví a acercarme ni a decirle nada a Maritza, que era la que me gustaba, porque esa era la novia de Gonzalo y ¡la pingal, metete con Gonzalo era más o menos aplicable la máxima!

¡Qué culto, loco! ¡Qué tibia tan hermosa!: una pelirroja chiquita que olía como a fresa y de la que el guvón de Chanko decía a cada rato: "Yo soy capaz de mamarle el chupete a Gonzalo, nada más pa' ver a qué le sabe la turtosa a esa chama...".

Micela. Una vaina tan. Sí, claro que yo era una vaina tan y no me sorprendía en lo absoluto cuando incluso los comunistas me lo decían. El despectivo tenía origen temprano. Mejor dicho, venía de antes de mi nacimiento.

Yo era húngara, afriana y tunjet; con unos padres con buenas motivos y razones para haber consagrado una cultura del aborto y el criterio de escasez. Desde que yo estaba muy niña nos habíamos ido a vivir a Macaracas, una zona de clase media-alta. En un lugar donde todo el mundo tenía algo que aportar para sentirse socialmente ís, mis viejos seguían atendiendo las sesiones a quienes la guerra y su historia pusieron espantaron de Hungría y por lo tanto su signo característico era la superstición. Así que yo era la niña que nunca tuvo los juguetes ni los vestidos ni calzado de moda de sus amigos, porque mis viejos decidieron que yo debía usar las ropas que iba dejando mi hermano a medida que iba crecía.

Fuiste una época de mi infancia en que además, y por algún motivo que no recuerdo, me cortaron el cabello al rape. Entonces iba al colegio con aquella estampa abominable: la muchachita pecosa, pelirroja, con la cabeza pelada, unas botas como de militar tres números más grandes que mi pie y una correa que también me quedaba grande. El peinado en burilado de mi adolescencia era Lucio, mi hermano mayor, quien, el más íntimo de mi madre, como no tenía de quién heredar la ropa si disfrutaba el privilegio de usar prendas nuevas de vez en cuando, quizá una vez al año.

Pero el momento de mi virginitad llegó un Carnaval cualquiera. Como del colegio avisaron que los niños debíamos ir disfrazados a la fiesta, mi mamá se aplicó a confeccionarnos unos atuendos. La familia no iba a gastar dinero en comprar disfraces que, por supuesto, y a pesar de toda la tentura y la entrega con que mi vieja se aplicó a diseñarlos y coserlos, le quedaban espantosos. El mío era una especie de vestido en forma de lincepa desconocida, hecho con una tela de mosquitero en varias capas superpuestas; un cuello de cartón forrado con otra tela presentemente fina que debía recordar vestimenta a la casa que le daba el toque señorial a Blanca Nieves; unas alas parecidas a las de tarjetas de tela y así se suponía que era el traje de una princesa, hada o nutricia. En una fiesta llena de gatos, cabras, vampiros, futas galácticas y bellywoodistas, yo fui disfrazada de abuela decimonónica con infules de aristócrata.

Ah, pero ahí estaba el desafío de mi hermano para ayudarnos a mitigar la vergüenza, el desafío que me hizo olvidar, o al menos amortizar, mi pena de ese día y de otros más. Parece que, por alguna razón, era más difícil fabricar artesanalmente la vestimenta de personajes masculinos, así que mi madre debió ponerse un extra a su imaginación y a su creatividad. Y lo encontré, vaya que lo encontré: usó una vieja falda suya de esas que se dividen en surcos o flecos verticales, le colocó unos tirantes de mi papá e improvisó una capa; fabricó con cartón y sintón el simulacro de un casco, un accesorio redondo y una espada; le aplicó un puño de sacacha con pega Hércules —marca muy apropiada— y allí estaba Lucio convertido en gladiador romano. El efecto de esa ocurrencia no fue trágico porque mi hermano siempre fue más alto y fornido que todos sus compañeros y ninguno se atrevió a bromear en su cara de la falda.

Con el tiempo fui acumulando otras tareas, como por ejemplo sea de sentir apego y proclividad por la cultura punk y la música de Cindy Lauper. El código alfabético estándar me venía bien, porque aparte del detalle de mi patitojete estaba la forma de modular las palabras, que muchos confundían con una exageración o infusa forma del habla engolada y finta del uso de Caracas, pero que en realidad eran los hábitos de mi dicción, moldeada por el húngaro difícilmente castellanizado de mis padres.

Y estaba la tarea crucial, adyacente a mis 15 años de edad: yo, hija de una pareja que se había venido de Europa Oriental huyéndole al comunismo, sentí de pronto las cosquillas de la militancia y un día, no sé si bueno o malo, fui a inscribirme en la Joca-Ca. En la Juventud del Partido Comunista de Venezuela.

Luzmila Bustos, resulta que los burgueses al final tenían mejor formación política que nosotros. A veces nos autogiustificábamos asumiendo que la formación de ellos, los burgueses, no era exactamente política sino más bien académica, literaria, intelectual, mientras que nosotros éramos mayoritariamente una patrulla de cuadros voluntaristas y valientes, con una vida cotidiana sufrida y dolerosa y que además teníamos un verbo escueto, sin mucha elaboración retórica.

Ángel: Eso es un complejo injusto, porque entre ustedes había también unos cuadros brillantes. Martín, Alcibíades, Miguel, Retnaldo... eran una especie de salvajes pero con una capacidad de análisis y un discurso atronco...

Luzmila ... pero la nota predominante, el común del grupo de tripulantes escapuchados, es que eran unos cuadros más entrometidos que políticos, en el sentido de capacidad para la organización de tácticas y estrategias y esa falta. Eran los Pelotudo, Chankin, Petica, Israel, Manolo...

Recuerdo una vez que decidimos realizar una movilización hacia el Palacio de Justicia, en el centro de Caracas, creo que en uno de los primeros aniversarios del Secedón. Una de las propuestas era imprimir un afiche y unos volantes para distribuir en la marcha, rayar unas paredes con pintas alusivas a la protesta. Algunos proponían entregar un documento en los tribunales y convocar a una marcha de presos, para que fuera una acción formal y eficaz del movimiento estudiantil, algo que nos constituyera una imagen de cuadros serios, una fuerza viva o beligerante, algo por el estilo. Y estaba el otro grupo, el de los violentos, que no quería entregar un cuño de documento, sino atacar un vehículo, quemar y destruir negocios y paralizar el centro de Caracas. Por supuesto, no había manera de que nos pudiéramos de acuerdo en aquella reunión.

Al final se imponieron los moderados, los que apostaban por el acto limpio y formal, y la discusión sobre se centraba en el contenido del documento, en las consignas o frases del afiche, las pintas y los volantes. En ese punto de la reunión, los violentos guardaron silencio por largo rato: no tenían nada que decir pero se quedaron allí, disciplinadamente, mientras los demás decidían el contenido de las escrituras. En algún momento de la convensa uno de los moderados propuso que una de las consignas del afiche fuera: "Respetamos el silencio". Y el Chankin le dio tratamiento catáctico a la

traza y comentará a gritar: "¡Sí! ¡Sí!, nojuecesas, así teñímal ¡Vámonos por' los blinquas de El Silencio y tompetnos tocha na misentjeasa!".

Óscar: Bueno, pero las interrogantes decían más o menos lo mismo, aunque en clave poética, con otro lenguaje. Mira lo que trajo Mariana: el poemario de José Alfredo.

Leonardo: Sí, me acuerdo de una poética, atrecho, atrecho.

Óscar: Esta poética es de 1989, vacía, cuando los estupefactos eran vistos como una plaga feculenta que no iba a infirir para nada en ningún movimiento revolucionario:

*No hay luz más frágil que ésta
pero qué somos sino los destinados a preservar
una pequeña llama?*

*Nada poseemos salvo esta fuerza,
salvo este breve esplendor.*

*¿Servirá nuestra cénica
para proteger estas pequeñas brujas?*

*¿Volcarán las antiguas incendias,
aquella luz violenta y poderosa
en cuyo vértigo se concentraban
tantas voces ya olvidadas?*

*Nada poseemos.
Nada sabemos:
salvo que no hay luz más pura que ésta.*

Mariana: Ajá, ahí está: de cosas que se creían los revolucionarios
puros, la Verja de Thana...

Óscar: Y este otro, este otro, de 1993, después que mataron a Sergio:

*Nuestras que hemos aprendido a discurrir de la felicidad.
Nuestras que nunca tendremos cans
ni paciencia ni olvido.*

*Nosotros que amamos los incendios,
que conocemos el antiguo arte
de mesegar sin arrojlos,
que sólo buscamos el punto extremo
donde permanezca el volcán.*

*Nosotros que despreciamos
a los músicos y a los señores.*

*Nosotros que combatimos el mal
con el mal.*

*Nosotros que aprendimos
que para vencer a la noche
hay que conocer la oscuridad.*

*Nosotros los que, a pesar de todo,
Seguimos siendo peligrosos.*

A Gonzalo Juarros, Kalimar Reyes y Sergio Rodríguez

Mariana: Así que había locos y poetas en la Universidad. Y digámonle algo: ¿había estudiantes? Dígan: gente normal?

Ángel: Vístenlo bien, como que si estábamos locos, tontos. O lo estamos. Si hubiéramos sido eso que llamas "normales" no nos hubieras buscado. Esta historia no tendría ninguna gracia. Un país lleno de gente normal no tendría sentido: todo el mundo en completo orden y estabilidad en los años 80, los años de la Generación Boba.

Mariana: ¿Ustedes eran especímenes de lo que el doctor Christian llamó la Generación Boba?

Ángel: No, fuimos una anomalía, un pedazo de la historia que dio un salto y causó ruido y distorsiones. En un país que tan se decidía a dejar de ser adorno o caperucio, fuimos los bichos malos, la ultratransparencia. "Los peligrosos", como dice el poema de José Alfredo. En un país estancado fuimos un abuelo, porque nuestros actos de violencia callejera organizada

Infirmitaban que la sociedad estaba a punto de romper con la estupidización. Éramos un país en etapa gestacional. No lo sabíamos entonces; podíamos leerlo ahora, a la distancia.

Mariano Ay, sí: los caricaturescos que construían su país desde sus trincheras en Las Tres Gracias. Los desafiados que nunca salieron de la zona protegida por la seguridad universitaria, y que disfrutaban del almorzón a dos bolívares.

Luisando, Éramos unos desafiados, como tú. Pero al salirnos de la Universidad y muchos de los maestros pegaron con su vida sus almorzones a dos bolívares. Y tú era una banda de caricaturescos: esa parábola de locos era una leyenda venezolana. En 1987 había ocurrido un episodio conocido como "el Marzo Meridiano": unas violentas protestas en Mérida, que comenzaron cuando un botagués mató de un tiro a un estudiante que estaba en el jardín de su casa, y desembocaron en los disturbios más graves que se recuerden en esa ciudad. El Gobierno decidió militarizar el espacio urbano y la Universidad de Los Andes, y la consecuencia fue que la violencia se expandió a otras universidades del país. Esos disturbios fueron aplacados, pero el impulso desestabilizador se mantuvo. Ésa era la Venezuela-pueblo desafiada y dedicada a quitar el sistema desde el movimiento estudiantil. Éramos carajos tumbados pero aguerridos. No éramos superhéroes: éramos el venezolano rumbero, romántico y joderón en el trance de combatir un régimen monstruoso.

Eso que Ángel llama "país en etapa gestacional", no es gratuito, chamo: vivíamos de todas las y en ese carnaval de gente, acontecimientos, culturas y temperamentos estaba rebaciéndose la Venezuela que conocíamos hasta entonces. Mi hermano Carlos "Mistral" y yo vivíamos en el 23 y después fundamos el barrio La Sila, pero nuestros viejos venían de Paraguaná.

Pedro Arnauzo estudiaba Medicina y era de la tala de Margarita. Por cierto que una vez, con ese hablar topicillo y trapiante de los margueriteños, se lanzó un discurso más o menos en esta línea: "A los cuerpos policiales, nojeda, hay que enfrentarlos en la calle, nojeda, pero sobre todo con el diácono, nojeda. Porque esos hijos no son el enemigo, nojeda, sino el instrumento del enemigo, nojeda, pero allí tenemos hermanos de clase, nojeda", y en consecuencia a partir de ese momento lo bautizamos como el Comandante Nojeda.

Gerardo "el Cogebruta" era de Delta Amacuro y estudiaba Derecho.

Cuenta la leyenda que se ganó su apodo en un pueblito de Poria adonde fue a dar clases, pues era maestro de escuela. A los tres meses de haber llegado, desesperado por la larga permanencia en ese pueblo sin su compañera sentimental y sin ninguna otra, le confió sus urgencias a un estudiante de confianza: "Checho, ¿y en este pueblo no hay mujeres que cobren por, tú sabes, por estar un rato con uno? ¿Cómo resuelven ustedes los muchachos cuando no hay mujeres cerca? ¿Algo rápido y fácil por ahí? ¿Una pollita aunque sea?", y el carajito, enterado de todas las mañas y vagabundías del mundo como todo muchacho de pueblo, le dijo al maestro que por supuesto, que fuera el día siguiente tomaran al río, que por ahí le iban a ayudar a resolver ese asunto.

El maestro accedió a la cita acompañado de su pequeño cómplice y al aproximarse a la orilla del río vio que había una cola como de diez muchachos. En el extremo de la cola había una buena parada. El cómplice les gritó a los muchachos: "Epa, vamos a darle un chance al maestro, que está más apurado que nosotros", y apenas oyó esa señal el hombre corrió, se bajó los pantalones y empezó a sacar su sed de hombre, cuadrúpedo pero hombre al fin, total, así es normal en los pueblos y el que tan lo haya hecho que tira la primera piedra o se confiese alfito o carajuelo. Llevaba unos cinco minutos en la fiesta cuando el carajito cómplice se le acercó y le dijo "Maestro, maestro, los muchachos dicen que se ache una apuradita, que en esta fiesta es que vamos a cruzar el río para ir a buscar a las putas".

Maturín y Chujandé les decían a dos muchachos de la Escuela de Historia nacidos en esos dos lugares tan distintos y lejanos uno de otro. Se hicieron casi hermanos. Una vez, durante una de sus confesuras en Plaza Venezuela, los capturó la policía; Maturín cuenta que cuando lo registraron creía que era el único, pero al llegar al calabozo de la Dincp, después que le dieron una rumba de palo, se dio cuenta de que venía otro compañero golpeado y gritando detrás de él. Así fue dijo cuando lo trajeron a visitar en la cárcel de El Junquito: "Cuando vi entrar a Chujandé, me dio una alegría..." y Chujandé, que estaba en la celda de al lado, gritó: "¿Y qué se teche o qué! ¿Cómo se va a alegrar!".

En otra de las visitas el compañero Rolando les llevó un ejemplar de Don Quijote. Maturín dijo, al leerlo: "¿Y por qué el Quijote? ¿Es novela tan larga?". Rolando les respondió: "Y con la cantidad de años que van a

pasar aquí, ¿qué cobro querías que les trajera? ¿El cómo? Llévame esa verga, que cuando terminen los trabajos las otras completas de Bahac. Esto es pacto". Al final los saltaron a las tres semanas.

El gordo Bucha de Agua era de aquí de La Parrota, y Gonzalo Jaurana, como sabes, era uruguayo. Una vez decidimos asegurar un autobús en protesta por el aumento del pasaje y a estas dos crimpas les correspondió abordar al chofer, ocupachaca, informarle a los pasajeros del objeto de la protesta y traer el autobús en la Universidad. Una acción que debía ser rutinaria —aunque Bucha era muy joven y novato, Gonzalo era dicho en estas operaciones tipo comando— dio un giro inesperado porque el conductor de la unidad resultó ser muy valiente, o muy astuto, y en lugar de darse todo rápido y automáticamente, como otras veces, se dio la siguiente diáscasis:

—Miren, ciudadecinos —gritó Gonzalo, con sus vocarón y ese don de mando—, ésta es una acción del movimiento popular organizado en armas. Esta acción es en beneficio del pueblo ya que es una respuesta al aumento del pasaje que nos afecta a todos. Bájase rápido todo el mundo por la puerta trasera, nadie va a salir lastimado si ustedes colaboran.

—¿Qué movimiento armado una cabeza 'e machete, maten? —replicó de pronto el chofer—. A mí no me da la gana de bajarlos de aquí. Éste es mi medio de trabajo.

Gonzalo sacó un revólver 38 y se lo puso en el cuello:

—De bolas que te vas a bajar, pendejo. ¿Tú eres capaz de dar la vida por defenderle los bistus al cobocmadré que te está explotando? ¿No te da pena, gafe?

—¡Yo de aquí no me bajo, te dije ya! —siguió retrucando el conductor sin hacerle caso al arma, y echó a rodar el autobús. Gonzalo habló el precutoc y dejó el arma lista para disparar.

Bucha de Agua, que hasta ese momento se había limitado a permanecer ahí parado, tratando de intimidar a los pasajeros con su sola presencia, entró en pánico y se le goturó de los hombros a Gonzalo:

—¡No lo mates, carón, por lo que más quieras! ¡Chamón! ¡Chamón! ¡No lo mates! ¡Nuncocococ!

Y ante la amenaza del chofer comenzó un forcejeo entre los dos ocupacharos: uno tratando de mantener el volante y la computadora y el otro intentando a todo sueldo, gritándole al conductor que no se fuera a machacar las manos con la sangre de un trabajador y ese tipo de cosas. El pobre ocupacharo novato lo amenazaba, lo estrangulaba, lo había la capucha. El show duró unos momentos más; al ver que el autobús se tambaleaba hacia la avenida Victoria y que Buche de Agua estaba a punto de tumbarlo en el piso, González decidió abortar la operación y bajarse del autobús, no sin antes meterle un cachete al conductor en la cabeza para obligarlo a detener la marcha.

Al rato vimos llegar a González con una enorme cara de strachera y un montón de rasguños en la cara y en el cuello, diciendo: "Dígale a la mamá de ese muchacho del coño que lo tratamos de castigar; al lo volví a ver, le voy a meter un tiro en una pata".

Andrésbal y el Tábano eran de algún lugar de las Valles del Tuy. El 20 de septiembre de 1984, el mismo día que el camarada Douglas Blanco cayó en combate en la entrada de Las Tres Gracias, al Tábano lo dispararon con una escopeta y le llenaron el abdomen de perdigones. Andrésbal fue a acercarse haciéndoles señales de paz a los policías, como a los metropolitanos supletos de esa clase de guerra, y cuando estaba cerca del amigo caído recibió también su ración de plomo en el pecho, en una nalga y en el cuello.

Los bombardeos tuvieron chance de llevarlos a los dos al Hospital Clínico Universitario, donde los salvaron, pero no hubo forma de rescatar a Douglas. Este compañero había sido militante de Bandera Roja y se habría ido voluntariamente, sin acompañante, a defender el gobierno sandinista de Nicaragua. De allí lo desolvieron porque viajó sin papeles de ninguna organización política; mientras la mayoría de nosotros se limitaba a hacer colectas y actos políticos en defensa de la Revolución sandinista, él dio un paso al frente y se presentó allí con la intención de morir en combate en el país centroamericano. De regreso a Venezuela, un poco desparchado, se sumó a las luchas que se levantaban por aquí, y en sus andadas cuando se presentó esta situación: unas protestas estudiantiles porque el rector Chirinos le había ordenado a la Guardia Nacional detener en el paso de Tizón un autobús lleno de estudiantes de Maracay, y la Guardia cumplió la orden con mucho gusto metiéndole un fustal de plomo al autobús.

Aquel miércoles del 20 de septiembre, Douglas enfrentó a tiros a las cuerpos represivos, protegiéndose a machos detrás de un poste, fuera de la Universidad; era una protección precaria y ridícula contra aquel batallón que disparaba con armas largas. Tantas víctimas con impotencia corno, después de capturarlo herido de bala pero con vida, otros funcionarios de civil, armados con pistolas y subametralladora, lo arrastraban chorreando sangre, mientras el para nos hacía señales en cámara lenta con una mano. El camarada Patricio trató de ir en su auxilio y una bala de FAL le dio en la cabeza, pero ocurrió un milagro, algo que ha pasado otras veces pero no es muy común: el proyectil trazó lo que en balística se llama "trayectoria de señal", que consiste en que la bala entra en el cráneo cabelludo, pero en lugar de penetrar el cráneo lo bordea a altísima velocidad, raspando y rasgando entre el hueso y la piel, y sale por otra zona de la cabeza. Esa vez se salvó, pero a Patricio lo mataron años después, durante el abandono militar de noviembre del 92.

A Douglas se lo llevaron hacia un carro blanco ubicado en dirección a la parroquia y los alrededores; lo mataron en el saliente trasero y luego apareció muerto en el hospital Pacífico de Cochabamba.

Fue uno de los enfrentamientos más violentos de esa década. Nosotros teníamos un par de revólveres milicados y Douglas cargaba una pistola nueva milímetros automática; había francotiradores en el edificio de la Toyota, ubicado frente al portón de Las Tres Gracias, un helicóptero sobrevolaba el área y había funcionarios armados con fusiles automáticos Iruvina FAL.

La edición del 21 de septiembre de 1984 de *El Diario de Cochabamba* registra una secuencia fotográfica titulada: "La muerte de un campesinado". Erán cuatro fotos: en la primera está Douglas arrojado detrás del poste del alumbrado; en la segunda, abandonado en un sofá sucio y avanza hacia el palacete de fiscalización; en la tercera, se ve caído de costado, en posición fetal; en la cuarta, un funcionario de civil aparece a su lado disparando hacia nosotros mientras otro agacha a Douglas por las ropas y comienza a arrastrarlo.

Ruinedo vería de Arca, estación Yacuypa. El campo aparece en otra de las imágenes emblemáticas del movimiento estudiantil revolucionario de la época, publicada también por *El Diario*...: de pie, protegiéndose detrás de un

contenedor metálico para la recolección de barrita, sostiene un tubo de cuatro pulgadas, en cuyo extremo se sujeta un cilindro, un cilindro de una de las fuentes artificiales. Arrodillado a su derecha, un segundo encapuchado enciende la mecha del cilindro con un yunque. Ese muchacho que encendía la mecha llegó a ser con el tiempo Fiscal de la República, uno de los buenos: se llamaba Danilo Andjesson.

Pedro Guatapu estaba en Dorecho y era de Calabozo, en Guárico. Una vez le tocó ir con varios compañeros a retroceder otro antebós de esa ruta larga que cruzaba toda Caracas desde La Paruta hasta Chacao, que era la línea San Ruperto, para acuartelarlo. Cuando entraron, nomás dijeron: "Sabemos pa' qué va, ésta es una acción del movimiento revolucionario". El chiefir les dijo: "Con mucho gusto, llévense esta mezcla y quémela. Y si les preguntan, pueden decir que el conductor de la unidad estuvo de acuerdo con esta acción revolucionaria. Mi nombre es Asiento Melero". Más tarde, finalizada la jornada y en la cocina en que hacían el balance, el camarada Guatapu relató este episodio. Rosalinda le dijo varias veces: "Deja la vaina, me estás jodiendo". "En serio —decía Guatapu—, aquí están estas vainas, ellas son verdad". Hasta que Rosalinda dijo, con más orgullo que antes: "El único chiefir de un San Ruperto que yo conozco, y que se llama Asiento Melero, es mi papá".

Óscar No te olvidas de las muchachas, que aquí la compañera tiene una cara de ferozidad del carajo y puede acordarse de estar fabricando una historia de machas. Con ese grupo se la pasaban activando y jodiendo la Gata, la Negra Elita, Morelia y Perla. Y la inolvidable, Yulimar Reyes. Salvo Perla, creo que nunca vi a esas mujeres echando coñazos, pero sí falta que las hacía: uno podía aguantar cualquier coñazo de cualquier tipo, pero nunca iba a aguantar un coñazo de lengua de estas carajas, que además de destilar ácido, destilaban argumetina. Pubreco el campo que las hiciera estrechar. O que las matara. ¡Ay, sí madre!

Yulimar tenía tu edad, carajita, cuando decidió ponerse al frente de la protesta del 27 de febrero en la avenida Lacuna, y fue una de las primeras venezolanas asesinadas ese día. Ángel puede contarle ese episodio. Andaban juntos cuando ella cayó asesinada por un policía metropolitano.

Ángel: *Yolimar se merece un capítulo aparte. Te prometo esa historia para después.*

Mariana: *¿Y ustedes no tenían tiempo para vivir? ¿Para las fiestas? ¿Para echarse los paños? ¿Para los culpas?*

Óscar: *Yo también te prometo esa historia para después. Mientras tanto, van más noticias de aquellos meses de septiembre y octubre de 1988.*

Éstos son los titulares

- Tibacuz y el Sexteto Juvenil cantaron en el Retén de Cacha el día de la Virgen de Las Mercedes, y ya una imaginativa cómo se produjeron los presos al oír el clásico *La catedral*. Mientras tanto, a los dirigentes de las organizaciones Venceremos y Bandera Roja, también presos en otras calabozos, nadie fue a cantarles un cáñon.
- Se estrella helicóptero militar con dos grupos de comando en Aprura. Regresaban de la frontera, donde realizaban un operativo antiguerrillero. Entre las heridas de gravedad se encuentra el comandante Henry López Saco, jefe de Operaciones de la Dierp, quien sufrió fractura del cráneo. Esto fue el 8 de octubre. ¡Qué lástima! López Saco no podrá participar entonces en la masacre de El Amparo el 30 de octubre, en la que sus muchachos asesinaron a 14 pacifistas y luego los presentaron al país como guerrilleros, y al incidente como un combate contra fuerzas irregulares.
- Carlos Andrés Pérez, candidato presidencial de AD, les da a los colombianos una sorpresa y una alegría indescriptibles, al afirmar que ese país tiene derechos sobre el Golfo de Venezuela. El partido Copel también debería estar feliz, pero sus jericas andan muy ocupadas en su proceso de división, encumbramiento de un payaso autodenominado El Tigre y bofetada a Rafael Caldera.
- *Últimas Noticias* del martes 27 de septiembre: "La verdad sobre el pacto secreto anticomunista firmado por militares de Latinoamérica". Hemos documentado que usted puede ir a buscar en la hemeroteca; no pretendí que le demos detalles en una simple conversación como ésta.

- Comienza la campaña de esclerosis múltiple de Jaime Luatoci, quien en poco tiempo entregará la presidencia de la República: dicen que el hombre encontró un país deprimido y paralizado. En cambio, ahora estaba de lo más morido: anuncian protestas y pases los trabajadores petroleros, del hierro, docentes, biomédicos y de Telecomunicaciones.
- Marcha estudiantil hacia el Ministerio de Educación. Por instrucciones del señor presidente de la Federación de Centros Universitarios, un Alejandro cualquiera, no hubo provocaciones ni disturbios durante la movilización. Eso no evitó que nuestros pupilos agitaran un poco la masa con unas consignas malsonoras contra el ministro de Educación, Pedro Cabella Pulso. Le gritaban por toda la avenida: "¡Cabella Pulso: adocen, maten y fien!".
- En delicado estado de salud los buhoneros ciegos en huelga de hambre desde hace seis días. Las malas lenguas aseguran que hace mucho más tiempo estas señoras no ven un plato de comida.
- Plebiscito en Chile: a los chilenos se les preguntó en consulta nacional al Augusto Pinochet si estaba o no satisfecho como jefe del país y las primeras reportes publicadas por la prensa dicen que la mayoría de los votos decía "sí". Dos días después se volvió la cartilla y los millores fueron reconociendo uno a uno la victoria del "no". No, Pinochet, ya no podrás gobernar más a Chile aunque al parecer todavía tu espíritu gobierna.
- Quemados tres camiones en disturbios estudiantiles frente a la Universidad Central.
- Muere el paudo. Napoleón Duarte, presidente democrático de El Salvador, tiene cincos. Dijo democrático.
- Sigue matando el paudo, y por lo tanto no había forma de que no matara Donis Wells, escudo blanco y reconocido actor en cuyo nombre los vascos hacen de una generación, o tal vez de dos o tres, los delictivos largos jornadas de matanza en los años 70. Estuvo buenísimo Donis, a pesar de que sus crevas nos llegaban en blanco y negro.
- Estruena la telenovela *Algo así*, con Fernando Carrillo y Catherine Fullop, una muchacha con uno de los culos más impresionantes

que había mostrado la televisión hasta entonces. Ya sabemos cuándo fueron a parar los impetus que ya tan se le podían dedicar a María Doria Wells. ¡Eh! en la novela trabajaban también Ilsema Jacket, Astrid Carolina Herrera, Mariana Bottrigo e Inés María Calato. Pero el culo de la Fulop era superior.

- El mercado internacional del disco, ese ranking de las canciones más oídas y los discos más vendidos, de cuantos más o menos del estado espiritual de la nación en aquellos meses eclogos: *Deseñame esta vez*, Lalo Rodríguez; *Qué bello*, Klara; *Inmensable compañero*, Echije Santiago; *Ten en cuenta*, Ricardo Montaner; *Sociedad, amor*, Roberto Antuña; *Carta de hotel*, Benny Capelo y *Apaches*, Lou Maldona. Que algo la tragaba pero que no se detenga la convocatoria al festival, o al menos a su simulacro hablado.

Mariana: Ah, no me jodan: ¿es que los comunistas tenían algo contra el amor? ¿Qué tenía de malo que estuvieran de moda esas canciones?

Ángel: ¡Nada! Pero era un poco desolador, más bien desesperante, que mientras había masacres y represión por todas partes, el país seguía hipnotizado bailando detrás de esas letras fáciles y esos títulos...

Oscar: A mí sí me gustaba todo lo que echaba la raíz para la calle. Y el culo de la Fulop. Sociedad descompuesta: música descompuesta, arte descompuesto, mal gusto y que algo la fiesta. Una Venezuela en aquel estado de conmoción y desmorono tenía que producir esas manifestaciones artísticas deformadas. Caticatas del arte.

Mariana: ¿Pero ni una bellaca echaban ustedes? ¿Así de almerido era todo? ¿Para milibancia?

Leonardo: No, siempre había tiempo y espíritu para esas rotulas. La mayoría de los que nos gustaban en esos vapores eran amigos míos; estaba de moda una pizzería llamada La Delta, donde tocaban salas en vivo, y eran comunes las conversas en el establecimiento de los artistas. Un día invitaron a Juan Luis Guerra y 4:40 a tocar en la Plaza del Rectorado; ahí una vitrina, fue un buen concierto.

Tiempo después, en el año 91, invitaron a un salero puertorriqueño que llamaban Vici Ruiz, pero en una pésima ocasión: fue pocos minutos

después del asesinato de Beltrán Álvarez, militantes de la Unión de Jóvenes Revolucionarios, la UJR —la estudiantil de Bandera Roja—, y presidenta del Centro de Estudiantes de la Escuela de Trabajo Social de la UCV, durante uno de sus disturbios. El salero apareció con su cinta en la tarima y empezó la fiesta; la gente quería bailar y disfrutar. Pero los militantes de la UJR, con legítimo dolor por la reciente pérdida de su compañera, empezaron a gritarle como al cantante para que parara la tumba. Al principio Vini Ruiz no entendía qué le gritaban aquellos muchachos enardecidos, pero al terminar la primera pieza se agachó y escuchó lo que tenían que decirle. Entonces se levantó, le informó al respetable público presente que se largaba porque lo estaban contraindicando a detener el concierto por motivos de duelo y hizo estudiantil, les hizo una señal a sus músicos y dejó la tarima ahí.

Lo que pasó en los minutos siguientes fue un retumbo de gente, un murmullo de desaprobación que dio paso a una gritería tumultuosa, y al poco rato ya estaba el gentío acunado a patadas de la plaza a los muchachos de Bandera Roja. Una masa indisciplinada porque quería tumba y guaguanó, enardecida contra un puñado de chicos que sólo querían pedir respeto por su mártir. Los militantes tuvieron el buen tino de no huir corriendo; si lo hubieran hecho se hubiese demorado la fiesta en serio y los hubiesen linchado. Así que se fueron caminando a paso firme pero sin caer al público, mientras detrás de ellos la multitud se tumbaba para patearles las nalgas con un gurgajo súbito, injusto, bastante confuso. Te juro que esa noche me solidaricé con los chicos de la UJR.

La solidaridad me duró hasta el día siguiente, cuando vi por todas las paredes de la UCV el comunicado difundido por esa organización: un documento en que nos acusaban a nosotras, militantes de la Democracia Popular, de haber estimulado el linchamiento y la golpiza en su contra. El documento comenzaba diciendo algo así como:

La UJR fija posición sobre el enfrentamiento ocurrido la noche de ayer...

La respuesta de nosotras, encabezada entre varias compañeras sin escrúpulos, replicaba así:

En primer lugar, la mencionada noche no habia ningún enfrentamiento, ya que a nadie allí le dieron patadas en la frente. En todo caso lo que hubo fue un excolombiano, porque, hasta donde sabemos, los compañeros de la UJR fueron sacados de la plaza o patadas por el culo...

Ángel Hablando de linchamientos, una vez, durante otra jornada de violencia, estábamos quemando cauchos por la entrada de Las Tres Gracias cuando de pronto Gonzalo se fijó en alguien, un tipo que estaba de nuestro lado lanzando piedras para allí. Pero había algo que no cuadraba, que no estaba en orden. Cual todos estábamos encapuchados, pero a éste no lo conocía nadie. Y no estaba ni un libeto; nos acercamos a ver qué libros eran aquellos y nos fijamos que eran libros de secundaria, pero aquel era un sujeto mayor. A una señal le cubrimos encima, lo armetimos y lo llevamos a la Sala de Lectura de la Escuela de Historia. Cerramos las puertas y comenzamos a simular un juicio sumario.

Recuerdo que Palomalo simuló el rol de conductor del interrogatorio y otros se ocupaban para presionar al hombre, darle unas cachetadas, sacarle información. El hombre confesó que estaba allí en labores de infiltración por parte de Inteligencia de la Metropolitana. Entonces Palomalo le preguntó al tribunal —los seis curules que estábamos ahí— qué pena merecía esa múltiple transgresión: profanación del recinto universitario por un funcionario público, espionaje contra el movimiento popular y a favor de las fuerzas repressivas, intento de asesinato, traición al origen humilde y por tanto al pueblo de Venezuela. José Alfredo propuso la pena de muerte y la mayoría votó a favor. Aquel hombre se puso a gritar con los ojos desorbitados, pidió perdón, ofreció recompensas, ofreció información, desvirtuó en braca de argumentina, pero alguien ya tenía lista la cuerda de la horca y señaló el palo donde iba a ser ejecutado, y hacia allí lo llevamos.

Pero yo lo que veía en la cara de los más radicales Gonzalo y el Palomalo era una risa sádica, lo que querían era ver sufrir al paco; lo colocaron la cuerda con el mundo en el cuello. Mientras íbamos acercándonos al palo más estructurarlo se veía el hombre, hasta que al fin Gonzalo decidió poner fin a la tortura y entregarlo al cuerpo de vigilancia de la Universidad.

Mariana: ¡Y qué lograban con eso! Cuando a mí me hacen intran-
sitable la ciudad yo no me indigno contra el Gobierno, me indigno contra
los que interrumpen el tráfico.

Ángel: La desestabilización es un trabajo lento, no es algo que de
frotos inmediatos. Claro que a punta de disturbios no iban a tumbar al
Gobierno, pero era importante mantener la sensación de caos e ingoberna-
bilidad. Está en el ABC de las luchas populares: hacer que la falsa sensación
de paz social se rompa o desaparezca.

En este tipo de guerras de baja intensidad el status militar no que ven
en los periódicos de la época: música ligera para kitcheritos, telenovelas más
sólidas todavía para mantenerse embalsamado con el culo de la Fallop; una
campaña electoral (las elecciones iban a ser en diciembre en la que el partido
de Gobierno nos votaría a Jaime Lusinchi como el presidente más eficiente
de nuestra historia). Su meta: haber logrado "el mejor refinanciamiento del
mundo" para la deuda externa venezolana. Y nos convenció, ya que el tipo
entregó el cargo disfrutando de una altísima popularidad y por eso su partido
votó a ganar y encumbró a Carlos Andrés Pérez en la presidencia.

Pero más allá de la eficacia de la propaganda había lo esencial: un
pueblo que era informado o desinformado por los medios pero que en la
calle percibía otra cosa. Eso del mejor refinanciamiento del mundo, que al
final significaba que el país se comprometía a pagar una deuda monstruosa
e impagable, no era lo que molestaba a la gente, era era apenas un detalle.
El dato violento estaba en la calle, y no era sólo la violencia más o menos or-
ganizada de los estudiantes y algunas gremios. Si te fijas bien, te encontrarías
casi que el diario *Últimas Noticias* inauguró en sus temas, septiembre-octubre
de 1988, un capítulo en la última página que parecía la transcripción de una
lápida: "El batuta con el medio suelto". Debajo estaba la reseña del asesinato
del día anterior; empezaron a ser cotidianos los asesinatos de jóvenes para
robarnos los zapatos deportivos. El sueldo promedio de un empleado era de
6 mil bolívares y esos zapatos podían costar entre 8 mil y 12 mil. Eso revela
que teníamos una sociedad desahogada y en vías de estallido.

Laura: Aquí está publicando la reseña de los disturbios del 5 de
octubre. Ese día entraron en acción por primera vez con nosotros estos cam-
pas de la Símón Bolívar. Bautizaron "los Doce del Petibolo" a un grupo o

movimiento en formación. Por cierto que no éramos doce sino varias decenas los curules que nos identificábamos o éramos identificadas así. Ese día la prensa se acercó a preguntar el objeto de la protesta y unas respondieron que era por el aumento del pasaje; otras, que por los cuatro años de los sucesos de Taxis y la muerte de Douglas Blanco, y unas chilenas que habían ido allí acompañando a Gonzalo Uffelen que era en protesta porque se tenía un fraude en el plebiscito contra Pinochet. Así que los periodistas se fueron de ahí haciendo la nota y llevándose una impresión de nosotros, acertada o equivocada: que éramos un movimiento de jóvenes que protestábamos sin un objeto concreto. No se sabía nada de que en realidad protestáramos contra todo a la vez, contra un sistema.

Ángel En estas batallas teníamos la ventaja que nosotros el recto universitario no podía ser violentado por los cuerpos de seguridad del Estado, al menos era eso lo que decía la norma legal. Estábamos al amparo de la autonomía universitaria y, si, nos aprovechábamos de ella. Y la capucha era la otra forma de protección: cubríamos el rostro evitaba que al salir de la Universidad nos reconocieran y nos perseguieran. Pero varias veces la policía se las arregló para penetrar en la UCV. En 1991, durante una protesta violenta por la visita de George Bush, nos hicieron la gran jugada. Una jugada perversa y al mismo tiempo brillante.

Tal como lo habíamos hecho varias veces, la noche anterior estuvimos en vela preparando las bombas molotov, los coheteros, algunas trépan. En ese momento ya teníamos destrozado "alfresco" los cubeteros: los utilizábamos en la punta algunas trépan y tocillos con tepe, así que cuando los lanzábamos lo que llegaba allí era una granada que estaba fragmentada de metal, aspirina. En la noche preparamos varios artefactos de esas porque sabíamos que se esperaba una de las confusas más grandes en mucho tiempo, y el motivo lo ameritaba: era la presencia del presidente de Estados Unidos en Venezuela. A las 10 de la mañana había más tripulantes que nunca ahí en la entrada de Plaza Venezuela; unas dicen que había 200, y otras, 500. Yo no sé cuánta gente había ahí protestando, con capucha y sin capucha, pero seguramente los disturbios más grandes que recuerdo de esa época en la UCV.

Luzmila Algunos de nosotros teníamos información de que un grupo armado de la Policía Metropolitana iba a saltar ese día la Universidad,

Nos advertieron que, así como nuestros preparativos suponían algo grande, la P&M también tenía planes y era probable que ese día grupos especiales de la policía se alitaran la ley y entraran a la Ciudad Universitaria. No discutimos esto a los cuatro viernes porque hacerlo podía confundirse con una acción para demostrar o crear confusión entre los muchachos, así que nos reunimos unos pocos el Comandante Nejoche, Luis Paredas, el Grupo de Filosofía, Mamerto, Tiburcio, el Flaco Achúbal, y decidimos que ese día íbamos a llevar las pistolas. Unas pocas pistolas que nunca usáramos en situaciones "normales" o de baja intensidad, pero aquello se atribuía como un enfrentamiento serio: hora de usar las armas. Coordinamos al Grupo de Filosofía para que fuera a llevar las pistolas; él las tenía guardadas en La Vega.

Un año después me tocó estar cara a cara con el comandante de aquella acción policial, que pasó a la historia con el nombre de Caballo de Troya. Una operación envolvente que nos sorprendió a todos...

Ángel: Yo lo viví de esta manera: nos ubicamos en Puerta Temascal, la entrada de Plaza Venustiano, y decidimos no quedarnos en esa entrada, sino avanzar 100 metros hacia el puente y bloquear la autopista. Quitamos varias cauchas frente al Jardín Botánico y fuimos a la bajada que da hacia la Franciscana Fajardo en dirección este, pero ya los policías estaban ahí esperándonos y empezó la fiesta de pistolas, cubetas y pedregones.

Ahora van aquellas cubetas a la distancia y me parecen una coreografía estropeada: los escapachados avanzaban, los gritaban insultos y provocaciones —a los pocos el letrado favorito era: "Anda a vigilar a Mica", por aquella película en que el policía mata a los tres amantes de su mujer—, lanzábamos unas molotov que casi nunca las llegaban ni cerca a los enemigos; la policía se atrinchaba, esperaba un rato que bajáramos la intensidad de las armatistas y entonces ellas avanzaban, disparaban, nosotros nos refugiábamos dentro del perímetro, los hechos retrocedían y recargaban las escopetas, y volvía a empezar el ciclo: provocación, avance, repulgas. En eso estábamos dos o tres horas hasta que se resolvía la manifestación.

Pero esa vez fue distinto. Tal como sucedió siete años atrás, cuando mataron a Douglas Blanco, ese día nos citaron con todo. Éramos unos 20 los que hicimos esa avanzada; cuando retrocedíamos desde el puente hacia la entrada de la Universidad vimos que algo andaba mal: allí adentro había

una cantidad de hombres vestidos de civil, armados, a las nuestras, corriendo hacia la Escuela de Comunicación Social y a las policías dispersándose desde atrás. Estábamos entre dos fuegos: policías adelante y policías atrás. Y estábamos fuera de la Universidad. Varios logramos tomar el cerco y logramos entrar y desaparecer. Pero a otros los capturaron o los hirieron.

Lacortado: Yo estaba adentro. La vaina fue así: estábamos en lo nuestro, prendiendo cigarrillos y barritas, y esperando al Gordo de Filosofía, que traía las pistolas, pero el hombre no llegaba. De pronto escuchamos las detonaciones afuera y nos preparamos alerta. Desde el hospital se acercó a toda velocidad una ambulancia y nos preguntamos a quién habrían herido. Corrimos hacia ella para informarnos y ayudar. Estábamos a unos pocos pasos cuando se abre la puerta de atrás y empiezan a salir tipos con armas largas y pistolas automáticas. Y estalló el vergasto: los tipos neutralizaron a algunos de los que estaban más cerca, los pusieron boca abajo, mientras los escuadrones que estaban afuera tocaban la arrestación.

Hubo varias heridas de bala. A Luis Manuín, un fragmento de proyectil le entró por la boca y lo trasladaron al Hospital Universitario; la radiografía reveló que el trazo de metal se había detenido a cinco milímetros de la masa encefálica. Los médicos decidieron dejarlo allí porque operarlo hubiera sido más riesgoso.

A Luis Paredes, Chojenché, Martín y otros los encarcelaron durante varias semanas.

Al Gordo de Filosofía no sabíamos si agradecerle o rechazarle la tardanza; era la primera vez que sabíamos de un combatiente que llegara tarde a la batalla, pero después pensamos en frío la situación y nos imaginamos la tragedia que hubiera ocurrido si nos enfrentamos armados a esos dos pelotones.

Martín: Sí, muy impresionantemente el relato de la batalla y tal. Felicidades, estoy muy conmovida. Me decía que luego hablarás con el policía que dirigió la operación. ¿Así, tan tranquilo, conversando con el enemigo? ¿Con el tipo que los ametralló y los mató presos?

Lacortado: Pasaron varias cosas extrañas. La historia no es una vaina lineal y mucho menos limpia o en blanco y negro, clara. Debes saber, por ejemplo, que a esos compañeros que apresaron me dijo los soltaron el 4 de febrero de 1992, justo el día de la rebelión militar de Hugo Chávez. Que un mes

después, durante otras distancias en la entrada de Las Tres Gracias, estibamos en pleno intercambio de perseguidos por exhibidos y plátanos, los titulos allí y nosotros acá. De repente un policía de los que custodiaban aquella brigada incógnita se acercó haciéndonos señas, levantó la sacopeta, nos la mostró, se inclinó y la puso en el piso, caminó varias pasos hacia nosotros mientras se quitaba el chaleco antiterrorista, lo colocó también en el pavimento y siguió caminando. La señal estaba clara: los policías querían mostrar un diálogo con nosotros.

Salimos varias de nosotros, se acercaron otros policías, y justo ahí donde unos pocos años atrás arrastraban a un Douglas Blanco manifestando se dio una convensa. Una convensa rarísima con un policía rarísimo: uno que parecía tener algo parecido a la conciencia política y que además tenía los cojones de plantear una conversación en mitad de un enfrentamiento.

Este policía nos dijo algo como: "Miren, a ver si nos entendemos: nosotros los policías somos trabajadores explotados. Ahora mismo estamos protestando allí adentro de la institución por las condiciones miserables de nuestro salario y otras cosas. En ese estado de cosas nos toca venir a hacer este trabajo sucio de venir a reprimir a gente como ustedes y como nosotros. Ustedes y nosotros estamos en el mismo bando, sólo que hay una gente que nos pide a arrancar la vida para acabar con unas desobediencias o para agarrarnos más, pero al final ni ustedes ni nosotros sacamos ningún provecho de esto. Un día de éstos tendremos que reunirnos para hablar de estas cosas. Pero por el momento, mi pana, dejen ya la quemadura de cauchos, ustedes se vayan para la Universidad y nosotros nos retiramos de aquí. En otras palabras: ayúdennos a no seguir trabajando por el día de hoy".

Aquel acercamiento tan franco, y que tanto se parecía a un diálogo o negociación, fue bien visto por la mayoría de los muchachos. Pero uno de los que no creyeron en ese gesto, en mitad de la convensa lanzó una burla para donde estaba el grupo conversando y más tarde tuvo que explicarla. Y lo explicó. Dijo: "Bien güevoceros tienen que ser ustedes para creer en las cuerpas representiva. Hasta el dicho popular lo acorruja: "No creas en el amor de una puta ni en la amistad de un policía". Ese cuerpo tenía algo de razón, pero sólo una parte de la razón.

Unos meses después, durante el otro alzamiento militar de 1992, el 27 de noviembre, el mismo grupo sínte de la policía que penetró a la fuerza en la Universidad en la operación Caballo de Troya, esa gente que nos intimidaba y nos confrontaba, participó en la asonada militar y tomó las instalaciones de la Metropolitana en Coctá. Formaban una brigada llamada Grupo Equia. Esa brigada fue desmantelada después de fracasado el golpe.

Prácticamente idéntica huyó de la persecución en los días siguientes al golpe nos encontramos en una cacha en El Jardín, cerca de Caracas, algunos miembros de la Desobediencia y gente del Grupo Equia. Uno de ellos, Fabián Betancúez, se presentó como jefe de ese grupo sínte. Tras intercambiar unas palabras lo confirmé: él había sido quien capturó Caballo de Troya. Nos contó que nos ingresó a la UCV se volvió sin notificarlo a sus jefes. Que habían pensado primero en entrar desde el Jardín Botánico a la Universidad, pero no encontraron aliados entre los vigilantes del parque, y que entonces surgió la idea de entrar en una ambulancia simulando el traslado de un herido al Hospital Universitario. Él mismo, Fabián, se hizo pasar por enfermo o controlado, maucó en el momento preciso una pastilla de Allen-Solter, de modo que cuando los vigilantes miraron dentro de la patrulla y lo vieron echado espanta por la boca les dieron el paso libre para el Hospital. "Fue una operación perfecta", se atrevió a decir Betancúez.

Animado porque los Desobedientes lo escuchaban con atención, sin interrumpirlo, comenzó a hablar de la excelencia de sus y otros trabajos, de la índole profesional de ese grupo. "Estábamos entrenados para ese tipo de operaciones complejas. Y del lado de ustedes, pues, tristemente a un momento de muchachos violentos pero inexpertos". Le respondí: "Míre, compañero, ustedes han sacado la cuenta de la cantidad de policías que resultaron heridos por nosotros? ¿Tienen un registro de los heridos por armas de fuego y por explosivos? ¿A cuántos agentes lesionamos o sacamos de circulación? Bien, cuando alguien esa cuenta recuerden algo: nosotros no somos como ustedes, cuando nos enfrentamos nuestra intención no era matarlos. Por eso no hay ni un solo policía muerto por acciones nuestras. Si fuéramos inexpertos al disparar, esas balas hubieran impactado en cualquier lugar del cuerpo; pero a todas las dimos en las piernas. Sólo a un controlado le dimos en el cuello con un cohete, pero esto fue más serio que una acción criminal".

Me detuve para mostrarle la expresión al jefe policial y noté que no me había creído. Yo mismo me interrogué rápidamente y tampoco me creí a mí mismo. Miré a mis penas Desobedientes y evidentemente tampoco me creyeran. Me retumbaba el poema de José Alfredo en la cabeza: "Nosotros que combatimos el mal / con el mal. Nosotros que aprendimos / que para vencer a la noche / hay que conocer la oscuridad.". Aproveché que todos guardaron silencio para repetir:

"Aí que usted nos debe agradecerle por varias cosas, Fabián: porque no los matamos cuando pudimos, porque no le vamos a cubrir a usted los muertos que nos debe toda una institución y un sistema mismo, y porque en lugar de eso lo estamos protegiendo ahora que la historia nos puso en la misma trinchera".

Óscar Fue en cierta forma una luna de miel, que por supuesto se terminó porque después de los dos golpes fallidos, los cuerpos policiales expulsaron a todos los funcionarios que participaron. A todos los rebeldes que se habían encargado de repetirnos para que luego resultarían ser nuestros aliados dentro de esta corriente histórica, la que iba contra los gobiernos burgueses. El episodio en que se evidenció que se romecía estaba todo fue muy duro. Hermanos, porque hacía tiempo que no presentábamos algo parecido a una victoria militar.

Fue durante la repatriación de uno de aquellos jueves culturales. La Policía Metropolitana había adquirido uno de aquellos carros blindados antidemocráticos bautizados "la ballena", que era un camión azul oscuro, galvanizado, con un cañón de agua en la parte de arriba, diseñado para dispersar manifestaciones sin necesidad de gastar balas. Cada vez que había disturbios callejeros y aparecía la ballena había que le terminaba con la actividad, porque aquel chorro de agua no era letal pero daba unos tratamientos crueles que si lo alcanzaba a uno de ellos lo podía llevar a diez metros. Y después era fácil identificar a los manifestantes al que lo agarraba la policía en la calle empaparado de la cabeza a los pies lo cubrían y detienen.

Pero aquella vez le esperaba algo distinto a sus artefactos, ojalá de la nueva etapa de la policía. Comenzaron los disturbios en la puerta de Plaza Venusuela, se detuvo el tránsito de vehículos como siempre, y en mitad de la manifestación apareció la ballena. De pronto, sin que ni encapuchados

ni policías lo hubieran previsto, de La Cachucha —el gimnasio cubierto de la UCV— comenzaron a llevar rifas terrestres de balca. Con ese ruido infernal, con ese estruendo que nos recordó la masacre del 27 de febrero de 1989; con ese mismo ruido de puertas de alto calibre, pero esta vez del lado nuestro, vimos bandadas de policías pegando la carrera de su vida hacia la autopista, hacia el río Cuatrecasas, hacia la plaza; otros simplemente se lanzaron en el pavimento debajo de las patrullas. Pero todos vimos, de nuestro lado y de aquel otro, como la pobre ballena, orgullo de la Metropolitana y de lo que quedaba de aquel gobierno monstruoso, quedó en mitad de la vía abierta como una vil lata de sardinas agujeteada, el techo levantado, triste, muerta y humillada.

Erán las armas del Ejército, desaparecidas de los cuarteles en 1992 y reaparecidas en las manos del pueblo organizado, de los grupos armados del 23 de Enero, de la Desobediencia Popular, que ya más nunca volvió a ser una expresión inofensiva.

Mariana: Otro símbolo que detecto en ustedes es el discurso antiaerista que usa las armas del sistema. ¿Ya pudieran quitarse de la cabeza la idea de que un revolucionario tiene que ser un hombre barbudo vestido en una montaña con un fusil? ¿No aprendieron nada del fracaso de la lucha armada en los 60? Yo percibo una fijación con esto de las armas automáticas y las batallas con muchos disparos. Me imagino otra lógica. La que vence a los Ejércitos con más ingenio que armamento sofisticado. Más Vietnam. El ser humano puede improvisando métodos y usando armas sencillas, eso es evidente. La adopción de las armas del sistema es alienación. Fetichismo...

Leonardo: ¿Cuántas cervezas llevamos ya? ¿Quién va a ser el primero en arrojarse con la impertinencia de esta cerveza?

Ángel: Si no nos arrojamos con nosotros mismos tan tranquilos por qué arrojarnos con ella. Basta de evaluar el tema del armamento en esos afines y lo seguimos haciendo, por cierto.

Leonardo: Esto parece un interrogatorio policial.

Mariana: Bueno, prepárense, señores, porque la historia los va a impactar también... Ángel, me decía que si discutieran el tema del armamento.

Ángel: Discutimos y practicas en práctica algunos métodos, vamos a llamarlos alternativos. Lo de alfiar los combates califico como arma

convencional. Las molotov no son un invento nuestro pero tampoco son armas convencionales. Los "molquetos" eran esas grapas de metal en el pavimento para detener las patrullas. Por cierto que el 27 de febrero obtuvimos un aprendizaje del pueblo llano, en La Vega: la gente tiraba en la calle calchetas y les prendía candela, y eso detenia por un rato a las patrullas y hasta las tanquetas del Ejército que fueron a reprimir.

Una vez hicimos un taller muy importante. Fuimos varios de nosotros a la casa de un carpintero en El Jirillo para fabricar unos chopos caseros. Armas de fuego artesanales. Nos pidió que lleváramos tubos, madera, alambres, materiales varios de desecho. Tres días estuvimos allí, con el campo enseñándonos a armar aquellas pequeñas escopetas mientras nos hablaba junto de eso, del valor que tienen las cosas que hacemos nosotros mismos, las que se producen al margen de la industria y del sistema. Cada paso era un ritual: la limpieza del cañón, las amarras, el tallado de la madera; la forma y las medidas tenían que adaptarse a la anatomía de nuestros brazos, así que eran armas hechas a la medida que se ajustaban a nuestro cuerpo, porque la idea era que fuera una extensión de nosotros. Tal como lo conciben algunos indígenas del Amazonas, el armamento no se estándar: el cazador usa sólo el arma que él mismo fabrica. Cuando me gustaba tener la herramienta con su instrumento, su arco y sus flechas.

Ángel A la hora de despedirnos el campo nos dijo: "Bueno, quería decirles que hace unos días hemos expropiado unas pistolas y son para el movimiento. Así que déjenme sus chopos y se llevan estas pistolas nueve milímetros". Por supuesto que nos negamos. Fue una reacción automática defender nuestros chopos. Eran feos a la vista, rudimentarios, pero eran nuestros. El papa nos dijo: "Ahora sí, ha finalizado el taller". Claro que al llegar a Caracas, cuando pasó la euforia, comentamos a preguntarnos por qué no nos llevamos también las pistolas. Pero el momento mágico de la comunión con el chopo artesanal se nos quedó en el cuerpo.

Mariana: Pero nunca participaban en ninguna acción armada, salvo aquel episodio contra la balena. ¿Para qué las armas entonces?

Laura: Porque había que prepararse para momentos graves, y esos momentos llegaron el 27 de febrero. Una vez en la avenida Victoria hubo una reunión blanca, esas fiestas callejeras con música, agraciante y venta de

coordinó batuta que hacía Acción Democrática. Cuando terminó la reunión varias acciones estudiantiles por el alcohol estuvieron por la Mánava, la puerta de la UCV que da hacia el aeropuerto, y empezaron a armar un albotón. Ahí, en nuestro territorio. Esa vez fuimos varios a enfrentarnos. No hubo muertos ni heridos, pero nos echamos unos cachalazos por allá, alrededores de la Escuela de Educación. Fue claro que, el día que lo mataron, Jaureta llevaba una pistola que le había robado a un militar poco tiempo antes... ya vamos a hablar de eso...

Mariano: ¿Y tuvieron algún entrenamiento militar? ¿Practicaban deportes? Oigan, eso de tener armas sin estar preparados para usarlas y hablar de la guerra sin estar en condiciones físicas suena como suicida...

Óscar: Bueno, nuestro deporte extremo preferido, a parte de cañeros a cañeros contra los adacos y los copayanos en la Universidad, era cantar a cervezas. Y varias veces esas fiestas terminaban a cañeros. Recuerdo una memorable, en una cervezera frente a las escuelas. En esos casos era normal que se encontrara todo el mundo y que hubiera una traga; ahí nos encontrábamos en una paz con los adacos, copayanos, baridenses, comasleños, todo el mundo entregado a su fiesta, a beber caña y a hablar plebeyada. Pero esa vez el Retnalcjo Cande inició una discusión con un copayano y el ambiente se comenzó a poner tenso.

Cuando seas ese tipo de persona, que así por presiones una cofianza colectiva, uno debe escoger al tipo a quien le va a meter pimiento. Es una convención que conoce todo comercio y pesador: cuando varios panes van a pelear contra varios tipos, tú sacas el trayo y no lo pides de vista. Esa vez yo le puse el ojo a un comasleño adaco muy malasangre, detestable, estudiante de Derecho. No era por algo en particular, simplemente el caraño era un pichón de político adaco, participaba en todas las actividades, en las elecciones, y era muy antipático. Era un pobre flaco sin carne ni para hacer una empanada; a lo mejor eso me hacía verlo tan fácil de comer y de reventar. Tenía los dientes muy grandes y le sobresalían de la boca, que siempre tenía abierta; era esa clase de tipos a quienes provoca clavarse un cañazo, así sin más, sólo porque el aspecto uno parece repulsivo. A sus sus a quien le clavé la maldad esperando el momento del verguero.

Mientras tanto, Retnaldjo discutía con el copayano. Una discusión muy peculiar, que ni siquiera tenía que ver con política, pero ahí estábamos los aficionados al deporte. El copayano se esforcía, Retnaldjo se ponía impertinente, los muchachos de aquel lado y del nuestro moviendo los brazos y trémendomas los dedos, yo con la mirada fija en mi objetivo, el diestón de malta, preparándome para la escaramuza. La señal de inicio del vaporón iba a darla Retnaldjo y el copayano; cuando el primero lanzara una mano todo el mundo iba a entrar en batalla y yo me le iba a ir encima a mi diestón.

La señal se dio. Retnaldjo le metió un derechazo al copayano. Se activó la ola humana. Tal como lo había planeado en el fuego del fútbol estivo, me avancé hacia el diestón con ese movimiento apretado en mis antiguas cuerdas de bozo. Me afincé en la pierna izquierda, tanteé el brazo diestro como un arco o resaca hacia atrás, cogiendo impulso, agarré todo mi talón y mi emoción anticipa por el malísimo golpe, la dejó fluir desde el cogote por el brazo hasta llegar al puño bien cerrado, calculé la distancia que me separa del objetivo. Entonces ocurre un prodigio, una casualidad química, un momento mágico de comunión espiritual; una especie de acuerdo cósmico del inconsciente colectivo, de esa comunión íntima que desde el nivel molecular nos une en conciencia a los combatientes revolucionarios de toda la tierra: antes que mi puño ensordecido partiera en pedruzcos aquellos diestros despreciables me precato de que chocó, así o esto machos más llegaron unos segundos antes que la mía al mismo diestón, y detrás venían otros. Maravillosa, increíblemente, casi todos los vengajos de nuestro bando nos habíamos fijado en el mismo ser repugnante, y juntos le clavaron el múltiple coñazo justicista al mismo tiempo.

Mientras tanto, Retnaldjo había neutralizado al copayano, lo había tirado de espaldas al piso, con los brazos inmovilizados por las muñecas, y le estaba echando una pala. El copayano, sin poder tirar un golpe ni sacar los que le daban, le decía: "Si me apetas no te pua nada, si me apetas no te pua nada". Los Desobedientes acabaron con todos los rivales, pero más de uno le pasó mal.

A mí me tocó una suerte peculiar: destruído el diestón, me planté cara a cara con un enemigo que resultó ser muy eficiente moviendo los machos y cada golpe que lanzaba me lo pegaba en la boca. En una de esas

vulgares y lo que podía ser mi salvación: una botella de cerveza abandonada. Esperanzado, parti la botella contra el asfalto y vi lleno de cristal cómo la botella se volvió mil pedruzcos de vidrio y me quedé ingenuo, con el resto de vidrio del pedo en la mano. El otro probó el mismo método con una botella de uña y la bicha quedó filosa como una aspaña, perfecta; menos mal que cinco locos nuestros acudieron en mi ayuda y me sacaron del trance. Pasé varios días sin poder tomar ni tréme porque me dolió el esqueleto, y para poder tomar cerveza tenía que levantarme con una mano la especie de cruzpita atrevida de aluminio en que se me convirtió el labio superior; mientras con la otra me sujetaba el pedo de la botella en el labio de abajo. Me salvé de la muerte, pero no me salvé de las chistes y bromas de ese poco de tula.

Esa vez vi en acción también a Perilita, una de las dos o tres mujeres que tan cariñosas desaparecieron cuando empezó el martirio. Perilita era una chama flaca y tan sencilla más de hombre y macho, pero cuando se arrachaba y se ponía a malandrear nosa ojos la malampagumban. La curaja vio que un tipo iba a darle un botellazo al flaco Sergio mientras éste despegaba a un rival; le detuvo el brazo, lo sujetó con la mano izquierda mientras con la derecha empillada sujetaba un pedazo de hilo que de camino, y lo frenó:

—¡Suelta esa maldad o te revienta la cabeza, matagüevol!

—¡Suelta tú esa piedra, machacha et cuñal! ¿Te quieres ganar un patadón por el culo?

—¡Suítale!

—¡Atranca de aquí o te voy a joder...

—Suítala...

Des segundos más y Perilita lanzó la primera piedra, con las mismas ganas y la misma actitud con que la lanzaba en Las Tres Gracias o Plaza Venezuela en las distancias. El hilo que amó y que "truc" en el pecho del tipo; el hombre se puso verde y se sentó, privado, a ver cómo recuperaba la respiración.

Mariama Me contaban que Gonzalo le quitó el arma a un militar, y que llevaba esa misma arma el día que lo mataron. Cuéntanos más de eso.

**SEGUNDA PARTE:
JAURENA**

Del espectador:

... Nataly Moreno, estudiante, atrapada en las Generales de Ley que ante testigos ante el Código de Enjuiciamiento Criminal, expresó: "En el momento en que llegó la policía, que comenzaban a dispersar, nosotros salimos corriendo hacia arriba. Cuando llegamos a la esquina nos dispersamos y quedé yo sola. En ese momento dos patrullas al lado del zanjón y cuando crucé el puente se bajaron dos policías de la patrulla y me dijeron que me detuviera. En ese momento yo vi y veo a un muchacho que iba a cruzar el puente, pero en vez de cruzar me da la mano para que yo cruce más rápido hacia el otro lado. Después, para recomendar camino, no sé si cruzando el puente sino que bajó de la mitad del puente hasta la acera; cuando cayó en la acera, se resbaló y cayó en la quebrada. Ahí los dos policías que se bajaron de la junta lo alcanzaron, lo apuntaron con armas de fuego, con revólveres o pistolas, no sé, y le gritaban: 'Pírate, maldito'. Lo apuntaron y le gritaban. Cuando voluté a ver, lo estaban sacando de la quebrada por los palmes, lo esposaron y lo arrastraron hasta la junta".

Jimena Viquez, estudiante:

Primera pregunta: Diga usted si conoció alguna otra persona lesionada.

Contestó: "Que yo sepa, solamente el muchacho que le dicen 'el Uruguayo'".

Otra: Diga usted si está enterada de que el ciudadano que menciona como el Uruguayo haya sido lesionado por arma de fuego. Contestó: "Hasta el momento en que yo lo vi no tenía heridas por arma de fuego. Y yo lo vi hasta que lo mataron en la junta".

Otra: Diga usted con qué tipo de arma resultó lesionado el ciudadano mencionado como el Uruguayo. Contestó: "Con golpes de las manos y patadas, uno de los policías le dio un cachazo en la cabeza cuando lo estaban sacando de la junta...".

Mayra Aguado, de profesión enfermera, plenamente identificada en otras anteriores, con el objeto de cumplir su declaración recibida ante el Juzgado Quinto de esa circunscripción, la cual entre inserta en el folio 272

y 273 de la segunda pista del expediente. Seguidamente este tribunal pasa a interrogarla de la siguiente manera:

Primera pregunta: Explique en qué condiciones ingresó al hospital José Gregorio Hernández, de los Magallanes de Cacha, el ciudadano que en vida respondió al nombre de Gonzalo Juárez. Contestó: "Al momento de recibirlo llegó en camilla, inconsciente, sin tetralón arterial y fue subido directamente a Pabellón. No hubo tiempo de hacerle ningún otro examen. Posteriormente operamos, había lesión en la vena cava y la arteria aorta y casi toda la sangre estaba en la cavidad abdominal parcialmente coagulada".

Otra: Diga usted si observó algún otro tipo de lesión visible en el cuerpo del mencionado ciudadano. Contestó: "Únicamente recuerdo las heridas de armas de fuego, pero no recuerdo cuántas eran".

Otra: Diga usted si una persona al recibir este tipo de lesión puede mantenerse en pie durante algunos minutos. Contestó: "Sí, puede mantenerse en pie durante algunos minutos".

Otra: Diga usted si considera que la lesión fue dada a quemarropa o a alguna distancia. Contestó: "No podría constatarlo ahora, ya que no recuerdo los detalles de la herida".

Otra: Diga usted si considera que de haber sido atendido este paciente de inmediato se le hubiera podido salvar la vida. Contestó: "Siempre el tiempo es favorable al prófugo, pero las heridas de la arteria aorta son generalmente mortales...".

En la audiencia de hoy, 28 de julio de 1992, comparece ante este tribunal, previa citación, una persona que estando legalmente juramentada dijo ser y llamarse como queda escrito: Leoncio Manzanera, de nacionalidad venezolana, natural de Caracas, 38 años de edad, de profesión u oficio chef, radicado en avenida principal de Propatria, barrio Maruchito Rodríguez, número 45. Impuesto del hecho que se averigua y de las Generales de Ley que sobre Testigos reza en el Código de Enjuiciamiento Criminal, fue interrogado por este Tribunal de la siguiente manera:

Primera pregunta: Diga por qué y en qué circunstancias pudo usted penosar los hechos en que fue detenido el mencionado que disparaba en contra de las fuerzas policiales. Contestó: "Mi cara queda frente

al puente de la quebrada donde el muchacho se cayó y fue detenido. Yo estaba en la puerta de mi casa y vi lo que estaba pasando".

Otra: Indique lo que vio en el momento en que el ciudadano fue detenido. Contestó: "Yo lo vi cuando él empezó a correr y cayó en la quebrada debajo del puente, luego se paró y siguió corriendo y en eso lo agarraron los policías cuando salió a la calle. Lo agarraron y lo zambieron en la patrulla".

Otra: Diga usted si observó al muchacho dentro del jeep. Contestó: "Sí, yo vi cuando lo tiraron y cayó en el piso de la patrulla, luego se lo llevaron y no supe más nada".

Otra: Diga usted si observó algún funcionario disparando al detenido dentro de la patrulla. Contestó: "No".

Otra: Diga usted si los funcionarios que detuvieron al ciudadano portaban capuchas. Contestó: "Sí".

Otra: Diga usted si observó otros testigos en el lugar de los hechos. Contestó: "Había varias personas".

Otra: Diga usted si observó que el encapuchado estaba acompañado por otras ciudadanas, si estaban en la misma actitud que él o en actitud de simular (sic). Contestó: "Cuando él estaba arrojándose, estaba sola. Antes de eso le decía a unas estudiantes que cruzaran la quebrada. Una de ellas se entrecó en el puente y él la ayudó a levantarse, por eso fue que él quedó en mala posición y cayó a la quebrada".

Joset Caballero, de profesión oficial del hogar:

Primera pregunta: Diga usted si conocía de vista, trato y comunicación al ciudadano Gerardo Jurema. Contestó: "No, lo conocí en día y cruzamos algunas palabras".

Otra: Diga usted si sabe dónde se encontraba el hoy nacido en el momento de su detención. Contestó: "Él estaba cruzando la quebrada, entonces él cayó y yo seguí. Me paré como a tres metros y los policías lo sacaron de la quebrada, lo hicieron subir a la patrulla y le daban golpes y patadas, le decían gruñidos, le decían: 'Ajá, cabecornado, te exists, te agarramos, ahora qué vas a hacer?...".

Jesús Moreno Quincea, oficial activo del Ejército de Venezuela, amparado en las Generales de Ley que sobre testigos reza el Código de Enjuiciamiento Criminal, expuso: "... se me acercaron cuatro hombres armados y me despojaron de mi arma de reglamento bajo amenaza de muerte".

Diga usted cuánto tiempo después de los hechos relatados contestó la denuncia de su robo. Respondió: "Esa misma tarde fueron notificadas mis superiores en la Comandancia General del Ejército, y luego la información se envió a los canales regulares en la Policía Técnica Judicial y la Darp".

Otra: Diga si conserva las señas de registro y control del arma de la que fue despojado. Respondió: "La conserva. Pistola marca Glock, color negro, calibre nueve milímetros, serial GRG-637".

Contata en acta que las señas proporcionadas concuerdan con las del arma que le fue decretada al ciudadano Gonzalo Jaurena Abásolo el 4 de abril de 1989, durante los hechos que aquí se investigan.

... Heli Durán, de profesión u oficio médico, en su carácter de médico forense: "... le practiqué la necropsia al cadáver de un hombre joven, de constitución física de edad, que presentaba en el examen externo las siguientes lesiones: una herida por proyectil de disparo de arma de fuego, con orificio de entrada en la parte anterior de la región lumbar derecha, sin orificio de salida al exterior. El proyectil sin penetró directamente a la cavidad abdominal sino que entró a la pelvis, donde produce lesión de las vasa ilíacas derechos tanto de la arteria como de la vena. Luego el proyectil ocasiona fractura de la cara anterior del hueso sacro y rebota, habiéndose encontrado en el momento del autopsia. Esto indica que la dirección del trayecto intracorpóreo del proyectil es de atrás hacia adelante, de derecha a izquierda y de arriba hacia abajo...".

Valeria Durán, de ocupación obrera, amparada en las Generales de Ley que sobre testigos reza el Código de Enjuiciamiento Criminal, expuso: "Yo estaba sacando la basura de las papeleras como hago todas las días.

Cuando estaba limpiando una de las papeletas del puzle de entrada a Emergencias me di cuenta de que había una carteta de hombre. Revisé y aquí la cédula que había y era de un muchacho que no había visto nunca. Le mostré la cédula a una gente que estaba en la sala esperando a sus familiares, no les mostré la carteta porque cualquiera podía decir que era suya para ver si se quedaba con los reales. Le pregunté como a cinco personas y nadie me dio razón, nadie conocía al muchacho. Una enfermera me vio en eso y me pidió la cédula para verla, y dijo que se parecía mucho a un hombre que lo estaban operando en ese momento porque ingresó con un tito en la espalda...".

Ángel Silva, de ocupación periodista: "... los médicos y las enfermeras estaban seguros de que ese muchacho que acababa de morir en el quirófano era el portador de la cédula. Bueno, me sensibilizó el caso de ese joven abandonado ahí, operado y fallecido sin un familiar que lo acompañara, y me comprometí a llamar a sus familiares desde la redacción del periódico en que trabajaba en ese momento, ya que en el hospital había pocas teléfonos móviles que sirvieran o estaban muy abarrotados de gente. La señora de la limpieza me entregó la carteta, yo fui a la redacción y revisé los números anotados en varias tarjetas. Llamé de primero a una que decía 'Casi'. Me atendió la mamá del muchacho...".

De un artículo de *El Diario de Caracas*, 6 de abril de 1989:

"... Según el informe policial, el individuo forma parte de unos 40 suscriptores que en esa fecha, 22 de febrero, protagonizaron actos de vandalismo a la entrada de la UCV adyacente a Las Tres Gracias y al Hospital Universitario. Este grupo es conocido dentro de la comunidad universitaria como 'Los Lobos Solitarios' y 'Los Duces del Patíbulo' y son los que utilizan para sus actos vandálicos bombas molotov y otras disparadas con tubos recortados...".

El informe es acompañado de copias fotostáticas donde aparecen suscriptores con franelas entalladas en la cara.

Se espera que en los próximos días se practiquen desinfectos y allanamientos en busca de otros focos de virus con posibles conexiones con Cuba y otros países de la órbita soviética".

Héctor: Lo que nunca logré mostrarle, hijo, fue la inocuidad de mi país interior. Esa guerra entre el sometimiento orgullo y las recuerdos: el orgullo por tu militancia y tu entrega, y el recuerdo de las mías.

Atentamiento orgullo: luchabas contra un sistema y un gobierno de-
testables, y eso es lo que un militante espera de su hijo (tú: mi único hijo
varón). Pero al frente de ese gobierno estaba en funciones un presidente
que en 1977 había salvado la vida de nuestra familia. El primer gobierno
de Carlos Andrés Pérez nos rescató de aquella monstruosa desaparición
personal y familiar. Pero la salvación tu merezca ese nombre cuando el
doble pecado es la lejanía de la patria y el dolor mortal de nuestra otra
tragedia.

Miriam: Era nuestro natal Uruguay, era la fila democrática de Pe-
drasco Arco y era 1971.

Recuerdo a mi abuelo activo e intranigente entre del carcereño; tipo
recio, casi fiero, con esa vitalidad sin arpegios propia de quienes saben
que es posible y preferible ganar un combate sin necesidad de utilizar los
puños. Docentes ambos, Héctor, de Física, yo, de Matemáticas, y ambos
directores militantes de una izquierda que no podía expresarse abiertamente
porque las leyes y la cárcel permanecían a la distancia de un allanamiento o
una delación, descubrimos con asombro que el ajedrez político del país se
nos convertía en intrincado dilema. Quien fuera o se sintiera socialista podía:

- limitarse a ejercer un apostolado silencioso, intelectual, contemplati-
vo, sin conexión con la realidad más sangra del país;
- escharse a nadar en el pasado fango del activismo a sangre y fuego en
el que militaban los Tupamaros; o
- incorporarse a aquel sistema político con apariencia legal, dedicarse
a hacer proselitismo y esperar que la estrategia del avestruz funciona-
ra: no quito vie la dictadura, no hay dictadura.

Campañas de la simplificación, los gobiernos derechistas del conti-
nente se las arreglaron para meter a los militantes de todas esas variaciones
de la izquierda en una sola bolsa, y el gobierno uruguayo adoptó gustoso
la fórmula: izquierda es comunismo, comunismo es guerrilla, guerrilla es
Tupamaro y Tupamaro que se deje capturar debe morir, pasará muy mal o
primero uno y después lo asesinar.

Miriam y Héctor sabían que la expresión "lucha de clases" podía significar y sugerir cosas distintas según la conveniencia y a veces el temperamento de cada quien. "La existencia misma de clases supone lucha de clases", recitaba el discurso de los manuales. Pero la realidad dejaba ver más claramente otro pasaje del mismo manual: para los oprimidos, luchar no es limitarse a existir, sino cumplir con la alta misión de usar el poder por cualquier vía. Y el verbo "usar" núa a púlvora, con Lenin o sin Lenin.

Otra del manual: sólo debe acudirse a la opción violenta cuando estén dadas las condiciones objetivas y cuando se hayan agotado las otras vías. Los Tupamaros, enfrentados en todos los terrenos a la locura fascista que les arrebató la patria, decidieron que si no estaban dadas esas condiciones que abren las compuertas a la Revolución, entonces era preciso crearlas (otra idea de otro manual). En este punto quedaba trazada la línea que separaba a Héctor de ella. Según su visión del mundo era preciso dejar que la historia cumpliera sus etapas y sus ciclos antes de abrir las compuertas. El socialismo le núa y le amaba a aporramentamiento, y ésto le hacía y le hacía más irresponsable que puramente juvenil.

Entre ser socialista de ideas, socialista de acción y volutas aventurero, Héctor decidió practicar las artes del equilibrista en una delgada cuerda: proclamaba y explicaba abiertamente sus convicciones, se tenía para conversar con algunos amigos suyos, Tupamaros fiebles y reconocidos, pero sin participar en las actividades del movimiento. Probablemente no le pasó por la mente que parecer Tupamaro podía ser tanto o más peligroso que serlo.

Un día, uno de aquellos amigos militantes le pidió que lo acompañara en su automóvil para trasladar "algo" a un barrio de Montevideo, tan sólo eso. Un recorrido de pocos minutos dentro de la ciudad, en un automóvil; conversación sobre cualquier cosa, entrega de ese "algo" en el sitio indicado y regreso de cada hombre a su respectivo hogar.

En noche las autoridades militares violentaron la puerta y allanaron nuestra vivienda. Hicieron preguntas, decomisaron unos libros. Aparte de eso, nada peligroso o comprometedor sucedió, pero se llevaron a Héctor. En noviembre de 1971.

Como educadora con varios años de ejercicio, yo tenía algunos privilegios en el liceo donde daba clases. Uno de ellos era el tan poder ser removida de mi cargo, y fue precisamente el primero que me arrebataron. La directiva de la institución y los padres de algunos de mis alumnos consideraron que ser educado por un Tupamaro o por la mujer de un Tupamaro iba contra las aspiraciones de la familia uruguaya promedio: la paz de quienes no se meten en política, el derecho de los hijos a recibir una formación más o menos cristiana y respetuosa de la figura de la autoridad. Y, por supuesto, sin de contar en la planta de profesores con algún comunista vigilado por el Gobierno tampoco contribuía con el prestigio del liceo.

Ese año finalizó para mí sin amigos, con mi esposo preso en una instalación militar y sin permiso para recibir visitas, sin noticias de su situación y con dos hijos pequeños cuyas preguntas eran difíciles de responder. Gonzalo y Andrea fueron durante varios meses mi mayor ejercicio de autocontrol y también mi soporte emocional.

Hácten: Yo tenía suficientes noticias y testimonios de compañeros detenidos por la dictadura como para temer lo peor. La noche de la detención las abstrus fueron pocas con el viento y las matemáticas, pero no hubo agredión física. En el trayecto desde la casa hasta el lugar donde iba a ser confinado no me dirigieron la palabra ni una sola vez. Tres veces pregunté por los motivos de mi detención y nadie respondió ni espulso nada. Nada: sólo silencio, dos urnas apretándoseme y las calles truchas de Montevideo.

Llegamos a un cuartel. Una vez adentro me condujeron a una oficina con dos sillones y un escritorio. Mis vendieron los ojos. Pensé, entre espasmos mal disimulados, que ahora vendría con que simplemente llamá "lo peor". Un segundo después, el arrepentimiento y la culpa: el pasado instante en que pensaba en el dolor físico que vendría y dejé de pensar en mi familia. Miriam, Gonzalo y Andrea en el silencio duró un segundo o una fracción, pero *ahí*. Dolió saber que el dolor de la curtos o su sintaxis podrían hacerse relegar durante un interminable de tiempo el dolor y el terror por la muerte de los tuyos. Volví a preguntar, a solicitar alguna razón jurídica; nuevamente el silencio.

Y los golpes no llegaban. La tortura no llegaba. Ya vendría, pero no terminaba de llegar. Era ese momento en que las ideas y presenciosos chocaban y no daban con ninguna respuesta. ¿Qué fue lo que hice?, o ¿de

qué se me acusaba? Era el tema, llamémoslo "lógico", que me tocaba. Pero la lógica nada tiene que hacer donde unos hijos de puta están fragmentando una desgracia. Y ese espacio-tiempo que se entretaba y parecía nadar en densa gelatina era exactamente eso, el preludio de una desgracia inevitable.

Miriam. En febrero de 1972, luego de tres meses —uno de ellos el diciembre más desolador de mi vida hasta ese momento— obtuve al fin el permiso para visitar a mi esposo en la cárcel. Hasta entonces sólo había tenido noticias suyas por boca de algún militar de mediano rango, quien estaba autorizado para informarme que Héctor estaba con vida pero que no podíamos verlo ni hablarle. Tres meses después se flexibilizó esa orden y accedí a la visita; fui con mi conñada, la hermana de Héctor.

Nos hicieron entrar por un pasillo hasta un recinto donde los presos recibían a sus familiares. Nada particular: una mesa larga que dividía la habitación, unas sillas del lado derecho para que se sentaran los presos y otras del lado izquierdo para los visitantes. Caminamos lentamente desde un extremo de la mesa hasta el otro, y cuando llegamos al final nos alarmamos porque no vimos a Héctor. Hicimos el recorrido a la inversa poniendo más atención a los rostros; no había señales suyas. Volqué para fijarme en un hombre desconocido que en nuestra ida y vuelta nos había llamado con la mano. No pudo contener un grito y a duras penas evité desvanecerme.

Allí estaba, lo habíamos visto dos veces sin reconocerlo: era un Héctor demacrado y fantasmal, alguien apenas parecido al hombre robusto que sus amigos se llevaron de nuestra casa tres meses atrás.

Héctor. Con los ojos vendados me trasladaron a otra habitación. Me juntaron y ataron las muñecas detrás del cuerpo. Sentí como fijaban la venda sobre mis ojos y las amarras de las muñecas con cierta arribasiva. Escuché mi voz decir: "Al menos podrían dejarnos llamar a un abogado". Fue la última vez que oí una voz humana en las semanas que restaban del año 1971 y otras más del 72, pues cuando terminé de decir esa frase los carceleros me clausuraron las celdas con parafina. Sentí que me ataron las piernas a la altura de los tobillos y las rodillas. Sólo en este punto del tortor y el desconcierto me cruzó por la mente una idea peregrina, tal vez la más infeliz de todas: tochar contra aquellos hombres e intentar una salida, correr hacia la calle, llamar la atención; jugar al star traidito y tal vez ingenuo de una

revuelta o contumeliosa que me salvaba, que las brácteas detestaba. Mientras fantaseaba de esta manera sentí que me levantaron entre varios humitos y me echaron encima de algo que me mantendría separado del piso, bocubajo. No sé cuánto tiempo tardé en iniciar o activar que estaba acostado sobre una malla o red, probablemente parecida a las de las poetisas de fíthiml.

Tampoco puedo precisar qué se estuvo primero: si el páncro, la neoción del tiempo transcurrido o el sentido de las partes del cuerpo y sus funciones. El nombre que se le da a aquello que me estaban haciendo es demasiado elegante para designar tanta crueldad, tanto ensañamiento, tanta perversidad: se llama "alargamiento anocelial". Hasta entonces yo había oído hablar de esto como si se tratara de algún mito o acontecimiento lejano o remoto. Pero ya no era remoto ni lejano ni improbable: allí estaba y era mi tortura. La que me tocó en desgracia.

De cuando en cuando esta es la forma correcta de dividir el tiempo cuando te miden de su decurso normal o social y te lo hacen inmensurable: llegaba alguien con un plato o recipiente, lo colocaba debajo de mi boca y entonces yo ejecutaba el movimiento mecánico que atráe el contenido —lo que fuera— hacia dentro, y luego ejecutaba otro movimiento que en condiciones normales yo llamaría "masticar", antes de efectuar la función llamada "tragar". A veces el acto de capturar aquellos trozos de lo que fuera fallaba, el fragmento sólido caía y el portador del sívase parecía molestarse; lo solía con brusquedad y lo dejaba pegado de mi barbilla-boca-nariz (existe una parte del cuerpo, ubicada en la cabeza, que se llama barbilla-boca-nariz, con lo cual se hacía más fácil atrapar los pedruzcos de no-sé-qué). Pero masticar se convertía en algo incómodo y más de una vez imposible, porque había otra función, que en condiciones normales llamamos "respirar", y que se dificultaba porque la nariz quedaba muy cerca y a veces dentro del contenido del recipiente. Las primeras veces el contenido del sívase se quedaba atascado en mi garganta, y al rato tenía que expulsarlo. Con la práctica tuve éxito en uno de lograr que viajara más allá del esfíngo.

También me colocaban otro sívase lleno de agua; aprendí pronto que, cuando me lo acercaban para que yo sorbiera su contenido con las labias o succéldictos con la lengua como había visto hacerlo a algunos animales era la indicación de que la carretonía estaba llegando a su fin. Culminada

ésta quedaba mi barbilla-boca-nariz gustando y mi cerebro nuevamente en silencio. El encuentro con el novato y su pequeña carga era la llegada de algo que —en condiciones normales— podría llamarse "sonido".

Algunas veces el portador de esas novatas venía de buen humor y jugaba un rato; me lo colocaba al alcance de la barbilla-boca-nariz y cuando yo iba a realizar con los labios el movimiento habitual de la captura, él alejaba el novato. Me acostumbré a la idea de que aquel ser no era, no podía ser, un monstruo: era capaz de algo tan definitivamente infantil como jugar. Jugaba yo entonces con él, o le seguía el juego hasta que me permitía atrapar las cosas que me llevaba en esa ocasión. Creo que alguna vez ensayé el acto que en condiciones normales llamamos "hablar", y dije, o creo haber dicho, "gracias". Gracias por el juego. El único en el que participé en aquellas circunstancias.

Extrañamente, no desarrollé como cabría esperar los sentidos del olfato o el gusto. De hecho, nunca identifiqué el contenido de las platos o novatas. ¿Estarían llevándome acaso alguna especie vegetal o animal no reconocible? Tal vez. Tampoco me perturbaba demasiado el olor de las sustancias que mi cuerpo expulsaba de vez en cuando. Me molestaba al principio, sí; luego se convirtió en una presencia o ausencia más. Algo que ocurría o se relacionaba sin consecuencias perceptibles —"percibir": algo que los seres humanos hacemos en condiciones normales.

La llegada del novato era el gran acontecimiento. El único que esperaba con alguna ansiedad. No era hambre esa ansia; no era el sentido del gusto —otro sentido que funcionaba cuando yo vivía en condiciones normales— el que esperaba su momento de soltar, sino el oído. Porque cada paso del acto de recibir aquellas cosas del novato, de procesarlas en la boca antes de hacerlas pasar a la garganta, se convertía en una sinfonía particular, en un festival de gruñidos, raras, ataques de líquidos, trituraciones y desmenuzamientos. En condiciones normales aquello podría pasar por música. Pero era algo más: era tener el control sobre cada instrumento. Yo sabía cuándo una acción debía, cruzaba, tocaba o estallaba. Al cabo de varias de aquellas sesiones ya no tenía memoria de voces o melodías. Me acostumbré a desplazarme en aquel nuevo universo del cual era habitante involucrada.

La noción del tiempo era el recuerdo de unas agujas que giraban, pero en aquella sala antinatural la velocidad de rotación de esas agujas tenía la textura de los futuristas arribó a los días, arribó al hábito de esperar y almacenar fichas; arribó también al ensayo, a las preguntas. El pánico desapareció y dió paso a una especie de modesta permanencia, a una quietud narcótica.

En algún momento de aquel no-tiempo sentí que me rompían la cinta adhesiva de las muñecas y entonces regresé una parte del estado anterior a todo esto: regresaron las preguntas, regresó el recuerdo de mi mujer y de mi hija, regresó la conciencia militante y el odio a las milicias y oprimidas regresé yo, Héctor Jureta, a la rabia y al impulso primario de la rebelión. Pero junto con todo esto, que hasta entonces había llamado "las condiciones normales", regresó también el pánico, regresó un llanto fiero, un reclamo que no podía sacchar ni clarificar. Me puse un dedo sobre el lado derecho, sentí que me tomaron el brazo izquierdo y me colocaron algún instrumento frío. Luego una mano se puso en el lado izquierdo de la nuca, un paño o esponja froto mi rostro; nuevamente me regresaron a mi posición boca abajo, nuevamente una cinta adhesiva, esta vez tan en las muñecas como en las manos, y luego nada: sólo silencio, el haitot y la rabia apurándome y el recuerdo vespertino de las calles truchas de Montevideo.

En otra ocasión me bajaron de la red, me quitaron las cintas adhesivas, los vendajes de los ojos y la parafina de los oídos. Dulce no es difícil asociar aquella situación con la de nacer de nuevo. Me ciñan los ojos; tardé un rato en poder abrirlos y otro rato más en superar el desconcierto. Jamás volví a ver con la nitidez de antes, aunque algo puede distinguirse mientras me acostumbraba de nuevo a la luz. Pero el sentido que me separaba mayores y más monstruosas impresiones era el oído.

Me agacharon a bañarme, me colocaron ropa limpia y me empujaron hacia un pedile, donde me caí varias veces, porque los pies me hontiguaban y los tubillos no podían sostenerme. Estuve sentado en un sofá durante no sé cuánto tiempo, en una oficina a mucha luz. Me ofrecieron un vaso de agua. Esperé unos segundos a que me la acercaran a la boca, pero eso nunca ocurrió. Cuando comprendí la nueva situación, tomé el vaso con las manos, bebí y tragué. También fue doloroso y torpe; tuve varias veces al no poder controlar el flujo del líquido hacia la garganta.

Más tarde otros hombres me ayudaron a incorporarme y me llevaron con a nuestra a la sala de visitas. Había una mesa larga con una hilera de sillas para los presos y una del lado de allí para los visitantes. Me sentaron en una de las sillas al lado de otras personas. Sentí que todos en la sala sufrían algo pero no podía comprenderlos. De pronto vi pasar a Miriam y Laura, mi esposa y mi hermana. Intenté decirles algo en voz alta pero mi garganta sólo emitió un ruido lastimoso; pasaron de largo y luego se devolvieron. Cuando volví a tentarla enfrente las hice señas, quise levantarme, pero no pude. Cuando imbuístei hecho este segundo recorrido vi que Miriam volvió, me observó por unas instantes y se echó a llorar.

Se acercaron, me dijeron algunas cosas, discutí con ellos que no entendía lo que me decían. No era sencillo, por el contrario, sentía los sentidos simplificados y con una especie de eco pulsante e incontrolable; era algo más parecido: mi cerebro no lograba procesar aquellas voces, y las mías propias me parecían lo bastante extrañas e incógnitas para comunicarse alguna.

El resto de mi estancia fue meses interminables. Los médicos parecían satisfechos con su obra.

Miriam, Héctor salió en libertad en abril de 1972. No reconocía nuestras voces ni ninguna voz humana y optó por no hablar. Costó mucho tiempo y el trabajo duro y dedicado de una terapeuta la hazafia de ayudarlo a reintegrarse al ABC de la vida, al simple y cotidiano ritmo de las cosas que se desplazan, comunican ideas, entienden y se hacen entender.

Nuestros hijos, Andrea y Gonzalo, estaban demandado pequeñas para comprender y, por lo tanto, padecer la situación; tenían dos y cuatro años. Aún en etapa de recuperación, Héctor comenzó a ganarse la vida reparando televisores y otros artefactos eléctricos; así se quedó el tiempo de la docencia y la universidad. Yo me dediqué a tiempo completo a moldearlos una hábitos, una personalidad y un ambiente propicio a los niños, lo cual no dejaba de ser una buena noticia y una grata situación.

Prácticamente desde la incarceration de Héctor comencé a pensar y hablar con los códigos, las esperanzas y el tono propio de los milicianos. Uruguay era un sitio apto sólo para largos de allí, a menos que uno fuera el típico imbécil que se deja arrastrar dócilmente para no molestar a la tiranía, o

me otro imbécil que no se opone a nada porque no sabe qué diablos está sucediendo en el país, y al final cuando llega a saberlo sencillamente no le importa. No firmas esa clase de papeles, pero tampoco esa otra clase a la que le sustituyen recetas y ordenes para marcharse muy lejos y de inmediato.

El vistazo a los regímenes gubernamentales en los alrededores cercanos tu era precisamente simpático. Argentina era una especie de Uruguay antiguo más aplastante. Chile vivía el increíble paroxismo de un Pinochet elevado a la condición de campeón del anticomunismo en toda Suramérica, y haberse ganado ese título en un continente lleno de gorilas no era poca cosa. Paraguay era Stroessner, la Bolivia de Bánzer casi no era un país, Brasil andaba en lo mismo y además le oponía la batuta del idioma a una familia habituada a ganarse el pan mezclando el uso de la palabra en idioma castellano.

Justamente esas grandes perlas de Latinoamérica eran el hogar del Plan Cóndor, ese engendro que unía a las fuerzas militares del continente. Los militares de cada uno de esos países prácticamente creían jurisdicción en los demás. Estar fichado como comunista en Uruguay y "huir" hacia Argentina era como ser aprehendido en casa, en el momento desafortunado de las caídas; el catálogo de crímenes que los milicos del Sur confiscaban constituyó la historia de los legisladores uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez. Avanzados de corazón, hicieron exactamente ese recorrido y allí fueron sanados. Como al estarles en casa.

Cuando uno ingresa a la doble categoría de perseguido y herido en su dignidad, es más común cuando se va a un dictador, porque así personalizas tu rabia. Pero cuando se trata de todo un sistema como aquella combinación de dictaduras, no hay una persona o cosa física en la cual depositar tu ira, así que la opresión se te vuelve una presencia insalvable e insuperable.

Optamos entonces por dirigir las miras más hacia el Norte, y allí despruntaban los nombres de dos países con serenas y ciertas perspectivas de su estabilidad: Costa Rica y Venezuela. Tres años transcurrían antes de que Héctor estableciera contacto y amistad con el embajador venezolano en Montevideo, y unos pocos encuentros para que la bicicleta aver de sus planes de establecer residencia en Caracas.

A principios 1976 todo caminaba rápidamente en esa dirección. Pero las dictaduras tienen el poder de emboscarse las caminatas del optimismo.

En aquel estado de guerra interna ahora era presidente de facto de Uruguay un feroz Demicheli y ganó notoriedad una masiva uruguayaya de nombre Elena Quintana, una mujer de 32 años vinculada con los Tupamaros. Asesarla en su hogar, en su trabajo y en las calles, Elena trató con una calma a toda velocidad en la sede de la embajada de Venezuela en Montevideo; acababa de lanzarse de un auto policial desde la Presbitero prisiónera. Se encontraba ya dentro del recinto, bajo protección y custodia de Venezuela según lo que indica lo más básico del derecho internacional, pero sus perseguidores entraron tras ella, se enfrentaron a los vigilantes y la arrestaron. Sometida a torturas según testimonios de otros reclusos, sus allegados comenzaron a pedirle el ruego entre los centros de detención y torturas.

El gobierno venezolano dirigió a Uruguay una fuerte protesta y dos días después retomó relaciones diplomáticas con ese país.

A Elena Quintana no volvió a verla nunca más. Ni mostrar ni con vida. Ésa fue la acción de Gobierno más notoria del tirano Demicheli.

Con la partida de su amigo el embajador, justo antes de que le fueran entregadas la visa y el permiso de residencia, Héctor sintió que sus planes daban un traspié, pero las gestiones para su viaje a Venezuela quedaron muy adelantada. No había dado tiempo para hacer lo propio con el ruego y los rufián, pero a Héctor le faltaba sólo la visa y el boleto aéreo para irse del país.

El trago amargo final para Héctor lo representó el trámite incómodo de la visa. En Uruguay había entonces dos tipos de cédula de identidad: una blanca para los ciudadanos sin fichajes o con cuentas pendientes con la dictadura, y una amarilla que era el estigma de los perseguidos, la campaña de la ignorancia que debe sonar del leproso, la cruz de cerros en la frente de los Aurelianos. Héctor guardó por siempre, con justificado orgullo, su cédula amarilla.

Para la fotografía del pasaporte los hombres debían presentarse de la barba y el bigote. Sólo se permitía un tipo de mustacho muy delgado que caricaturizaba muy bien a Jorge Negreta. Una humillación instantánea, posiblemente la única que ocurría a raras en medio de las muchas brutalidades oficiales.

Híctoe partió y llegó a Venezuela el 1.º de enero de 1977. Seis meses más tarde lo alcanzamos nosotros. Nuestro sentimiento inicial fue, porque tenía que serlo, de gratitud hacia el gobierno socialdemócrata de Carlos Andrés Pérez.

Doce años más tarde ese mismo personaje, Presidente de Venezuela por segunda vez, habría de hacernos cambiar esa gratitud por legítimas, rabia y otra vez aspeuto.

Ángel: Los hombres que han protagonizado gestas históricas suelen relacionarse a sus hijos para inculcarles una sana patriótica, ese combustible de la nobleza, el temple, el orgullo familiar y el honor. La expresión "tener algo que contarle a los niños" no es, de ninguna manera, una metáfora.

Conzalo conoció los detalles del martirio de su padre por boca de otros; la curula le indicaba al viejo que regresaras delante del muchacho con el relato de sus padecimientos y los de sus camaradas podía escucharte en demasía al muchacho, ya de por sí bastante temperamental y sensible a los dolores que han esculpido la historia de los pueblos.

"Trataba de no hablar mucho con él de política", me dijo Héctor una tarde cariagueña. "Conzalo era activista de grupos estudiantiles de izquierda, y eso me empujaba. Yo nunca manifesté ese orgullo, aunque tampoco traté de inhibirle sus inclinaciones. Me limitaba a recordarle que Venezuela nos había dado refugio y oportunidad de levantar el hogar en un momento difícil, cuando nos tocó abandonar nuestro país, y no nos convenía meternos en problemas con el Gobierno venezolano". Sabía, además, que los mecanismos de la represión podían ser igualmente inhumanos en las dictaduras y en estas tambaleantes democracias latinoamericanas, a medio construir y construidas de acuerdo con equívocos donde el grito de los pobres y las rebeliones era un asunto melancólico y pecaminoso.

Al ocultarle los parámetros de su calandria, Héctor buscaba mantener a Conzalo a salvo de los riesgos que le habían sometido a él en esa pesadilla de su madurez temprana.

Remolinos: Conzalo el Uruguayo, como lo llamaban, firmaba parte de los Dones del Futibulo. Había en el fondo de aquellas acciones una propuesta política de propagación de un discurso de desobediencia popular, y no sólo el discurso por el placer del discurso. Cual siempre estas manifestaciones eran de mediana intensidad, pero cuando esos carajos entraban en acción las cosas se ponían más graves, o más bien serenas, dependiendo del punto de vista. La violencia revolucionaria, la violencia de los pobres, no es apta para muchachos jóvenes.

Hubo un tiempo en que había disturbios todas las semanas en Las Tres Cruces o en Plaza Tamanao (Plaza Venezuela) y se hizo costumbre que los jueves hablara poco. Los activistas empezaron a llamarnos "los jueves

culturales". Esto se convirtió en una especie de convención no establecida, en ritual sin guión: los jueves eran para protestar. Pero de pronto saltaron al ruedo estas Doce del Patibulo y empezaron a echar valse cualquier día de la semana, sin previo aviso y sin medir las consecuencias políticas de actuar sin tomar en cuenta circunstancias "especiales". Por ejemplo, cuando era día de quincea y había cervezas o fiestas y el ambiente se prestaba más bien para relajarse y rombear, estas locas se zambaban unas acciones que aguaban la celebración e indignaban a la gente.

A Gonzalo yo lo aconsejaba, o trataba de hacerlo. El para por lo general me escuchaba y me paraba bolas, o al menos me parecía. Pero era un chico muy temperamental, era lo que se llama un introductor. Era muy difícil que alguien que activaba o participaba en disturbios violentos le aconsejara a otro que andaba en lo mismo que no lo hiciera, pero según mi punto de vista y el de muchos otros era necesario que esta para controlara sus impulsos, que no se expusiera tanto; que al no medir los riesgos y seguir empeñado en mantenerse de frente en acciones espectaculares y voluntaristas, en cualquier momento lo iban a joder.

Las únicas veces que bajaba la guardia cuando discutíamos este punto era cuando le tocaba una referencia personal y familiar: "Cofío, chamo, yo sé lo que es ser hijo de un guerrillero, yo entiendo lo que es querer patearle al viejo de uno, que también fue guerrero. Pero uno no se va a dejar matar por esa valse, no tenemos por qué ser mártires". El argumento lo aplicaba un rato, porque Gonzalo, según he oído, era hijo de un Tupamaro uruguayo que fue torturado en los años 70. Pero cuando terminábamos de conversar, se encontraba por ahí con José Alfredo y éste le volvía a meter el incienso en la cabeza.

Marciala. El día que decidí inscribirme en la Juventud del Partido Comunista fue a la sede de Cantelaru, allí en San Juan, y fue más bien el bautizo de una turvata en muchas cosas. Llegas, con esa pinta de sifina y con ese hablar tan raro y esa pinta más rara todavía; un tipo te explica qué cosa es ser militante comunista, te recomienda unas lecturas, fijan un día para discutir los materiales leídos y de pronto en una de esas sesiones el chico resulta tan estar tan interesado en discutir materiales no en hablar de ideología o política, sino en cosas a la supitante o revolucionaria. Nada

grave, todo normal, pero por supuesto que atravesé mal mi vínculo con el Partido Comunista.

Hice algunas tareas. Militaba en la célula Livia Garrettsur. El local de la California Sur al que asistía era un espacio donde se pintaban pancartas y mi tarea era vender *Tribuna Popular* en los carriles que iban de Chacabán al Centro, ida y vuelta, cada sábado de mi adolescencia. Lo sentía como una tarea mecánica y aburrida, pero lo que me venía situando era el otro vínculo que conocía con la subversión: la gente de la *Simón Bolívar* que andaba coqueteando con la de la UCV. Pocas cosas son tan fascinantes para una estudiante de bachillerato que el ámbito universitario. Y además allí se debatían cosas importantes y cercanas, se combatía, había actualidad en el ambiente.

A González yo lo admiraba en silencio, lo veía en acción, lo escuchaba, me encantaba; me parecía un chico misterioso que estudiaba en la Universidad. Era rubio, bonito, siempre serio, metido en política de la de verdad, en discusiones, en centros de estudiantes. Algo me decía que era alguien que a ser importante en mi vida. Pero en los primeros encuentros no había cruce de palabras; era que de vuelta me miraba; yo era una carajita insignificante al lado del combatiente. *El Tipo*.

La primera vez que hablé con González me lo encontró en el Metro. Fue el 9 de septiembre de 1968. Me lo presentó una amiga en común. Recordó la mezcla de nervios y vergüenza que me produjo tener el malísimo uniforme de bachillerato puesto justo el día en que me lo presentaron. Tenía prendida en la franela una chapa con la silueta del Che Guevara. Las primeras palabras que me dirigió no fueron precisamente las más indicadas para levantarme a una carajita: "¿Y qué hace una botiguera como tú con la imagen del Che Guevara? ¿Tú sabes quién fue ese tipo?". Y se rió con un carcajido ultracínico que lo caracterizaba. Era risa que servía para hacer tonté y para hacer artochar con la misma facilidad.

Yo, por supuesto, me quedé tonté. Me presentaron a *El Tipo* y se burla así de mí. No sé ni qué le dije pero fue una situación horrible. Al pasar el تکنique, nuestra amiga iba hacia el oeste y yo hacia el este; también González, así que tomamos el Metro juntas y hablamos. Me preguntó dónde vivía y le conté que en Macabucuy. "¿Tal como me lo tenía -ahí otra gran

carajada—, Macracaray, esa urbanización tan afilada". Yo le pregunté dónde vivía él. Me dijo que por El Cafetal. Lo pensé, pero no se lo dije: "Al menos también es un afilado".

Antes de bajarse en la estación que le correspondía, me pidió el teléfono.

Miriam: En agosto de 1977 llegué a Venezuela con Andrea y Gonzalo; ellos tenían 8 y 10 años de edad. Híctor trabajaba en una compañía que mantenía substaciones eléctricas y había alquilado un pequeño apartamento en La Candelaria. Yo hacía trabajos de arquitectura. En pocas meses nuestra vida comenzó a estabilizarse alrededor del trabajo y nuestras hijas. A finales de 1979 se presentó una oportunidad de comprar a crédito un apartamento en El Cafetal y lo aprovechamos. El año 1980 lo recibimos allí, en esa zona residencial emblemática de la clase media caraqueña.

A los niños les enseñábamos en italiano; Gonzalo tan logró alcanzar el nivel competitivo que deseaba debido a que padecía de asma desde muy pequeño. A causa de esa dolencia debíamos medicarlo con cortisona, un medicamento que ayudaba a aumentar su capacidad pulmonar. A eso y a la costumbre robusta de su padre se debía esa estructura corporal seca que lo caracterizaba.

Miriala: Bajo de estatura, un poquito más alto que yo, pero muy fuerte, con unas espaldas anchas y unos brazos y manos que hacían daño; parecía un toro. Andaba muy serio casi todo el tiempo, como concentrado y reflexionando sobre algo muy grave o muy importante; me era uno de sus más poderosos estereotipos. Pero en las ocasiones más tranquilas dejaba brotar carátulas de un humor negro, ácido, cruel; varias veces me ha despertado en la madrugada escuchando sus rias huela y lacetante con que me humilló el día que nos conocimos.

José Alfredo: Un día estábamos Gonzalo, Mauricio y yo en casa de Mauricio, en El Placer, revisando un armamento que teníamos bajo resguardo. Teníamos unas submetralletas, unas pistolas automáticas y un par de granadas fragmentarias. Yo levanté desocupadamente una de las granadas, el gancho de seguridad quedó insertado en una de las armas y se salió de la munición; yo me quedé con la granada en la mano, apretando el arma para que el explosivo no se activara. A partir de ese momento tenía ocho segundos para arrojar la granada, pero no pude tomar la decisión a tiempo; estábamos en una zona residencial llena de botiguas y en mi turbación no logré escoger

el lugar preciso para lanzarla. Así que transcurrieron los ocho segundos y comenzó una larga tarde de pánico y de deliberaciones acerca de cómo salir de semejante problema.

Entre propuesta y propuesta, entre el asparto a lo que venía —alguien iba a morir o a resultar muy lastimado— y a tomar la decisión que nos afectaría menos, si es que había alguna, la catejaria maldita de Gonzalo, que a ratos nos hacía estrechar y a ratos se nos contagiaba.

Marciano: Era un muchacho muy inquieto y agorero; había aprendido a leer y a escribir prácticamente solo, a los cuatro años. Siempre vivimos la impresión de que podía y había cómo tomar decisiones por su propia cuenta: evidentemente era más maduro que los niños de su edad. En Montevideo acostumbraba a jugar con hormigas y otras insectas, y recién llegada a Caracas inventó un complejo juego de mesa, con fichas que él mismo dibujaba y recortaba, y que simulaban aviones y navas. Invitaba a varios amigos a jugarlo, pero sólo uno de ellos, también hijo de uruguayos, mostró interés y se aprendió sus claves. Con él pasaba largo rato resolviendo las situaciones propias de ese pequeño universo, del que nunca tuve mayor información. Gonzalo mantenía esa actitud de estar sumergido en un mundo interior fabuloso.

En su manipular navas y aviones de combate fue una de sus pasiones. Se dedicó por un tiempo a armar modelos de aviones y sus favoritos eran los de la Segunda Guerra Mundial. El tema de la guerra también le interesaba. En casa teníamos libros sobre grandes batallas y él los devoraba.

Marciano: De alguna manera Gonzalo y yo nos complementábamos como equipo, porque mis carencias encontraban remedio en sus talentos y el país veía en mis locuras y veinas desenfrenadas el caldo de cultivo para esa vida de acción que él estaba necesitando.

Para decirlo claramente: él era un chico académicamente brillante y yo venía del mundo del campo; él tenía posiciones políticas claras y un diacrítico profundo sobre el país y sobre América Latina, y yo apenas entendía el hecho de que había unos chicos que tenían mucha plata y había que quitarlela. Pero yo era el tipo de los planes entusiastas y las acciones abstractas, y esto a Gonzalo le fascinaba. Cuando se armó ese combo llamado los Doce del Patíbulo, alguien empezó a proponer la necesidad de financiar al

movimiento, que ya no formaba parte del partido Bandera Roja y que por lo tanto era preciso encontrarle recursos y armas propias. Gonzalo vino un día y me dijo que se había tomado una decisión.

—¿Qué fue?, ¿qué decidieron? —le pregunté.

—Bueno, necesitamos armas y un poco o bastante para las finanzas. Para financiar las actividades, los viajes, las formas de instrucción.

—Y entonces, ¿qué hay que hacer?

—Bueno, eso es su tarea, camarada, usted tiene el mapa mental de las posibles fuentes de financiamiento. Proponga y ejecutemos.

—O sea, que hay que salir a atacar.

—Claro, matar!

—¡Ah, vaaaa! Déjame ver qué jugada hay en el ambiente.

En efecto, yo tenía vista algunas oportunidades y empecé a maquiñar las que parecían más fáciles. Por supuesto, yo no era ningún experto en operaciones ni un asesino consumado, pero tenía la actitud, pues.

Así que le hablé a Gonzalo del lugar donde yo trabajaba. Era un centro de cuplado donde había mucho movimiento y una caja fuerte donde había visto ingresar mucho dinero en efectivo. La costumbre de la tienda era guardar en esa caja todo el efectivo de la jornada y mandar a alguien en la mañana a depositarlo en el banco. Había además unas cuantas miles de dólares guardados allí. La mujer nos había confiado la custodia de la caja a varias empleadas de confianza, y uno de ellas era yo.

Para llegar a la caja fuerte había que abrir una puerta y una reja dentro del local, y todas esas llaves sólo las tenía ella. El plan era entonces esperar una tarde a que ella saliera y dejar que estuviera lejos del negocio para interceptar la cartera. Bemba, uno de los Duce, me la entregaría. Yo debía esperarle más bien cerca del negocio. La mujer no debía vernos y yo me devolvería a abrir las puertas y la caja para sacar el dinero. A las muchachas les gustó el plan. Fijamos una fecha para ejecutarla.

El día siguiente estábamos cuatro chicos: Bemba, Gonzalo, Leonardo y yo, en un carro, esperando que saliera la tienda para seguirle. Nos estacionamos en la acera de enfrente, en línea diagonal al negocio. Serían las seis de la tarde cuando vimos a la mujer salir, echarle llave a la puerta y comenzar a caminar. Justo en ese momento se nos paró una patrulla

policial al lado; las paces militaron dentro del carro y por supuesto que las pareció sospechosas sus juntas: dos malencordes negros y dos ástifios castillos.

Nos mandaron a salir y a poner las manos arriba al techo del carro. Nos preguntaron al estibarnos vendiendo o comprando drogas, y nuestros lugares de residencia. Cuando el Betmba dijo "Propatria", uno de los totmbas dijo: "¡Ay, colol, este pajarito no se da por estas tamaras".

Estibarnos en eso, entregando la cédula y tratando de explicar qué cosa hacíamos ahí cuando la duquesa del negocio pasó por un lado y me preguntó qué pasaba. Le dije que nada, que nos estaban pidiendo los papeles a mí y a estas amigas: "Mítra, se los presento". La mujer sacó con dulce firmeza a los policías y los aseguró que yo era uno de sus empleados modelo, muchacho de bien, estudioso y trabajador y tal, y las paces nos dejaron ir. Y, por supuesto, murió el plan de robar a la duquesa.

Otro de los planes fue ir a asaltar un burlero de lujo que funcionaba en un apartamento de Parque Central. Algunos de los muchachos habían ido varias veces de putas para ese lugar y aseguraban que los clientes dejaban una buena cantidad de dinero allí todos los días. La cosa quedaba en la noche Tajimat, piso tres.

Ese día fuimos Gonzalo, Betmba, Liza Paredes y yo; llevábamos dos revólveres calibre 38. La idea era acudir al sitio como simples clientes, y una vez adentro acercarnos a la puta mayor, o como se llamara la mujer que regentara esa miseria, obligarla a entregar el dinero y escapar todos por las escaleras, y luego cada uno por una ruta distinta. Era impensable ese plan de fuga que diseñamos.

Llegamos al apartamento indicado y tocamos el timbre. Una mujer abrió la puerta, que estaba protegida con una de esas cadenas de seguridad.

—¿Qué desean? —dijo la mujer después de mirarnos a todos de arriba abajo durante varios segundos.

—Culo —respondió la rata de Liza.

La mujer no reaccionó al momento, sino que se acortinó, sacó un hombre primero y otro después, pasó para aclararse la garganta, y nos dijo:

—Mítran, señores, éste es un lugar para caballeros distinguidos y de alta categoría. Les recomiendo que vayan adonde las putas del piso cinco, ahí sí reciben a cualquiera.

Y ahí me truce de crisis para cerrar la puerta.

José Alfredo Cordero no plantificábamos nada se presentaban las grandes ocurrencias. Una de esas ocurrencias llegó el 22 de febrero de 1989, día miércoles; faltaban cinco días para el abastecimiento grande, el Sacro día, y se notaba en el ambiente que las condiciones estaban maduras para ese estallido.

En día tréintamos previsto realizar las acciones de siempre en las puertas de la Universidad. Los Doce del Partido habíamos reivindicado el asbesto y guerra de caminos y autobuses con dos objetivos o agendas: distribuir el contenido de las unidades, sobre todo cuando eran de alimentos, entre las familias de pacientes que estuvieran en las afueras del Hospital Clínica, y distribuir también unas volantes informativos en los que explicábamos a la gente que aquello no era una acción puramente vandálica sino una protesta con motivaciones y objetivos políticos. En eso lo que estaba en la agenda del día. Pero no lo que González y yo hicimos dos horas antes de los disturbios.

Como no era el día habitual de las protestas —las juergas culturales— González y yo salimos temprano a ver el debate un golpe en el Burger King de Los Ilustres, que quedaba cerca, pero al llegar vimos que estaba cerrado. Caminábamos de regreso a la Universidad cuando vimos a un militar sacando dinero de un cajero automático. Llevaba su arma de reglamento. González y yo nos acercamos. Vimos que no había policías ni patrullas cerca. Yo me paré del lado izquierdo del militar y González del lado derecho, él sacó el revólver, apuntó desde su pecho a la cara del hombre, que todavía realizaba su operación en el cajero, y le dijo la voz de "quieto": "Entrega la pistola. Cuidan con una vena, chico, del lado de allá te están escuchando también. No te pongas superhéroe que esto no es una película".

Mierdas! Implicable con el enemigo y muy dulce y respetuoso con nosotros, con su gente, con quienes escuchaba su gente. Una vez fue de excursión con unos amigos a Rotafina y los sorprendió la noche en el camino. Llegaron a una especie de choza grande que parecía deshabitada; llamaron varias veces y no hubo respuesta. González me contó que el frío era lacramiento, pero que con un sol decidieron dormir fuera de la choza. En la madrugada llegaron unos indigenas y al verlos allí les trataron a punto. Al amanecer uno de esos indigenas le regaló un arco y una flecha, en reconocimiento del respeto

demonstrado en su ausencia, por no haber entrado a destruir sus petrolos. Gonzalo tenía en su cuarto un cuartito artesanal con una frasa de Tagore que le había regalado su hermana, Andrea: "Si encuentras cerradas las puertas de mi corazón, destrúelas". Creo que en intensas tinieblas no le permitía cumplir siempre con esta instrucción.

De todas maneras esa misma tiniebla y esa misma cultura destruyeron mis propias batallas el día formidable en que nos fuimos con José Alfredo y Carola, quienes eran compañeros "compañeros", esa mañana tan graciosa de las comendadas de tumbar a las parejas, amantes, novios o esposas, a casa de mi tío en El Pericón. El tío era militar activo y se había ido de vacaciones al exterior. El viejo dejó sus llaves mal puestas en mi casa, yo las tomé prestadas y así fue como invadimos el apartamento.

Una vez allí registramos cuanto había que registrar y lo único digno de tener prestado eran unas uniformas de soldado. Deliberamos un rato a ver qué provecho podíamos sacarles a esas ropas, y decidimos que la próxima intervención de los Doce iba a ser armada y además uniformada. Las vestimentas del ejército y de la guerrilla eran parecidas.

Pero la acción armada que yo, pobre adolescente coleccionista principiante de buena, no sabía ni evitar ni disfrutar, se produjo sin estrategias ni consideración ni plan de ataque. Los amigos nos cubrieron el espacio más propicio para la batalla, yo cedí cuanto al modo me permitió ceder y mi compañero me otorgó una de esas noches que no se olvidan.

Como grupo, núcleo o foco de actividades, nuestros espacios más importantes de encuentro y acción eran la UCV; La Vega, adonde nos llevaban Ángel y José Alfredo, que vivían allí; el magisterio del cura Francisco Pérez y toda la corte de legendarios de la guerrilla, y eventualmente la universidad Simón Bolívar. Pero como amigos, ya el grupo más cerrado e íntimo —José Alfredo, Carola, Gonzalo y yo— teníamos nuestros propios puntos de encuentro y reunión; casi siempre quedábamos en viernes en el Centro Comercial Chacabuco, en una pastelería en Alameda, en la casa de Gonzalo u otras. En esos espacios nos mimetizábamos a los ojos de los que pasaban no éramos los chicos peligrosos, sino un grupo más de chicos que hablaban con más solemnidad que los demás, pero al final parecíamos tan afortunados como ellos.

Llamémosle José Alfredo era hijo de un tipo muy poderoso e influyente del estado Minegus; era dirigente del partido de Gobierno y de gran jure. Era algo así como nuestra combinación más cercana con el poder. Él nos ayudó a sacar de la cárcel a varias camaradas, más de una vez. González, un militado político que vivía en una zona tan alftina como El Cafetal; Carol y Mariela, unas chamas estridentes que no tenían ninguna necesidad de andar juntándose con nosotros. Pero todos andaban en movidas peligrosas con los grupos extremistas; de hecho ellos eran en sí mismos un grupo extremista, y por eso se ganaron nuestro respeto.

José Alfredo. Así que le quité el gancho protector a la esposa, sin querer, y me quedé con la granada en la mano. Todo indicaba que iba a estallar y a hacerse daño a alguien. Al menos una persona iba a resultar muerta o muy lastimada, y obviamente esa persona iba a ser yo. Mauricio intentaba ser el organizador, el hombre de la mente fresca, y formulaba propuestas o alternativas para salir del problema. Ninguna de esas propuestas me gustaba en lo absoluto, porque todas contemplaban la mutilación de mí mismo o mi brazo, en el mejor de los casos. González parecía muy amado o muy divertido y su reacción era una risotada aguda y anticipada que en aquella situación de tensión sonaba mucho más macabra.

Dellustramos, creo que cerca de tres horas. Yo sufría espasmos e incontrollablemente y comencé a temer que la granada se me desahara de la mano debido a la humedad y al temblor que se me instaló en el cuerpo. Mauricio me decía que acerca el brazo por la ventana y me cubriera con la pared, que tratara de atrapar la granada lo más rápido posible, que tratáramos de ahogarla dentro de un tubo de agua. La ruta de González escuchaba cada proposición, se fijaba en cada uno de mis argumentos de pavor y se carcajeaba.

Ángel. Durante las primeras horas del año 1989 el clima de agitación se notaba, ya no sólo en las alrededores de la Universidad, sino en la prensa, en la actitud de la gente en la calle, en la sucesión de noticias sensacionalistas que resultaron creíbles. La intención de los Doce del Patibulo, que fue siempre llevar hasta límites extremos la agitación y el desmoronamiento callejero, encontró un escenario favorable en ese ambiente enrarecido. En la UCV ya se nos veía como una especie de vanguardia a la que se juntaban sistemática y masivamente todas las tendencias, y el clímax de ese tal sobrevino el 23 de enero. Ese día,

simbólico para la burguesía en el poder pero también para el pueblo negándole, nos presentamos encapuchados y vestidos con unos uniformes militares que encontramos en casa del tío de Mariela, y recorrimos la Universidad repartiendo volantes y volando cartulinas y microclacuras sobre la naturaleza y la tecnología de las luchas que se avecinaban. La gente nos miraba con algo de respeto y también con extrañeza; a Mariela el uniforme le quedaba chico talis más grande y a José Alfredo la chaqueta le llegaba a la mitad de los brazos. Pero cumplimos esa tarea conjunta de agitación. Rara, porque consistió en la difusión de un mensaje y no en el discurso callejero de siempre.

José Alfredo: El día que le quitamos el arma al militar —22 de febrero de 1989— ya teníamos tiempo discutiendo sobre la pertinencia o la necesidad de realizar alguna acción de investigación, al margen de la protesta estudiantil ordinaria, que nos proporcionara recursos y nos hiciera adquirir más calma y destreza en otro tipo de operaciones. Varias partidas tenían su sala militar, y por cierto que algunas habían sufrido bajas importantes: dos comandos unitarios de la Liga Socialista y de Veteranos habían intentado asaltar bancos y camiones blindados y fueron exterminados con pocas semanas de diferencia. En Caribal cayeron cuatro activistas en mitad de un atracón bancario, y a otros dos los abalaron en Los Ilustres, sorprendidos al interceptar un camión blindado, a causa de una delación.

Luzmarín: Yo estuve reunido con los compañeros caídos en Los Ilustres semanas antes de esa operación fallida. No faltaron las intrigas ni los tiempos interminables. Los compañeros querían dar un golpe en un banco y el plan en el papel se veía perfecto, sin fallas. Pero consistían algunas partes ficticias, tal vez por impetuosidad y poca formación. Uno tenía que mandarles a callar varias veces cuando nos reuníamos en sitios públicos o abiertos, porque la euforia hacía que alguno se emocionara y comenzara a levantar la voz mientras hacía comentarios cruciales sobre el plan.

También consistían un otro desafío: presentarse a las reuniones con muchachas ajenas al movimiento. Era evidente que algunas lo hacían para impresionar a la novia o chance de ocasión. Todas parecían muy discretas, distraídas y hasta poco interesadas en el tema.

Todas, menos la Celia.

José Alfredo: Aquel 22 de febrero de 1989 la protesta fue muy violenta: los cuerpos represivos estaban estardécidos. Era el clima previo al estallido del 27. La policía acostumbraba "alfobar" los cartuchos antidistorsión de sus escopetas. Normalmente éstas vienen llenas con partículas de plástico que pueden causar daños en la piel pero no son letales. El "alfobar" era la sustitución de esos fragmentos plásticos por guías de metal, plomo y municiones. A menudo la policía efectuaba disparos de escopeta con estos cartuchos y uno de aquellos plomos alcanzó la cara de Carlos Yépez, un estudiante de la UCV.

Cuando uno está en una balacera hay una especie de ley física que de alguna manera les da ánimo a los combatientes o manifestantes. Tiene que ver con el sonido de los disparos. Si escuchas un disparo, ya sabes que esa bala no era para ti, porque la bala llega primero que el sonido. Cuando sabes esto llegas a sentir una especie de supremacía sobre ese disparo, que ya no te intimida, porque cuando lo oyes ya es materia muerta, no te puede dañar. Otra forma de decirlo: tú no escucharás nunca la detonación del arma que te va a matar, porque ese trueno llegará un segundo después de que hayas muerto. Lo confirmé a dos metros de distancia del compañero Carlos Yépez: escuché un ruido de buses destrozados, "¡puc!", el compañero voló un metro hacia atrás y un instante después, la detonación.

Luzmila: Sé que suena ridículo, siempre es sospechoso y desagradable que uno lo diga de esta manera, pero así me dio: "Compañeros, yo les dije que tendrían cuidado con esa mujer, con la Catira, antes y después de descubrirlo". Nuestros hermanos jóvenes y era normal que se nos acercaran algunas chicas militantes o aspirantes a militantes, atraídas por la ultramilita y por aquellas leyendas en formación. Siempre el juego de la seducción se trata de la culpa que cada quien ha hecho o dice hacer en la vida, y era difícil que ciertas jóvenes se resistieran a la figura de unas pichonas de guerrillera. A pesar de la fama de chicas sucias y antiautoritarias, o precisamente a causa de ella, varias muchachas nos revoloteaban como las moscas a la mierda y muchas de ellas eran lindas. Pero era demasiado obvio que aquella mujer no era como las otras ni se nos había acercado como las otras.

Era una catira voluptuosa, perfecta, de esas que están tan buenas que no existen; cualquier descripción que haga se parecerá demasiado a la de las

actitudes de dos de nuestros amigos, así que no dije más sobre aquel cuerpo, aquella actitud de hombre fútil, aquel lenguaje corporal inquietante.

Cuando Raúl le llevó a la primera reunión, presentándola como su compañera, la caja aumentó una actitud hostil: escuchaba con atención, miraba a los camaradas al teatro, creo que incluso tomaba nota. No comentó nada en voz. Hasta que Chejendé llegó con una noticia: había visto a La Catira salir de la sede de la Dtaip —la policía política— en una moto. El paná lo advirtió, lo repitió, lo giró varias veces. Raúl nunca lo aceptó, y los demás camaradas tampoco tomaron muy en serio al descubrimiento del chisme. La operación terminó con dos minutos y dos pesos y a la Catira no la volvimos a ver nunca más.

Ángel Tratar de darle contenido político a aquello que se desbordaba era difícil, pero muchas sentimos que era nuestro deber intentarlo. Desde el mediodía del 27 activamos varias computadoras agitando a lo largo de San Agustín del Norte, avenida Locumba. Un momento notable sobrevino cuando unas reporteras de televisión se dispersaron frente a Parque Central a tomar declaraciones a algunos manifestantes. Yulimar, que estaba con nosotros, se lanzó al discurso de la desobediencia. Fue una rara oportunidad, de las que casi nunca nos otorgaban los medios de información de la burguesía, sea de derecha o uno de los nuestros las cámaras y los micrófonos para que difundiera el decir de la rebelión. Y Yulimar lo aprovechó: en las pocas segundos que estuvo frente a las cámaras resumió muchas años de luchas y anhelos del pueblo.

Yulimar no pudo votar a sí misma en el noticiero de la noche, porque pocas minutos después de dar su declaración en tanda, frente a Parque Central, en el inicio del estallido de 27 de febrero de 1989, un policía metropolitano le disparó a corta distancia con una escopeta y nuestra camarada cayó muerta frente a cientos de manifestantes. Nadie logró nunca ni identificar al asesino, que resultó ser el cabo Canelón.

Recuerdo una frase de Gonzalo: "No siempre el victimario es el vencedor". Pobre consuelo en aquella tarde lluviosa y triste.

Jesé Alfredo Teniente entonces en las calles el 27 de febrero. Aquello que llamábamos "vanguardia estudiantil" estaba desconcertada. Nos llegaban noticias de lo que ocurría en varias partes pero carecíamos en saber

que los sucesos cobrían todas las ciudades importantes del país. En la UCV hubo disturbios, como siempre, en Las Tres Gracias. Pero pronto tuvimos que desmovilizar esta fuerza y tratar de intervenir en la revuelta grande.

El día 28 nos fuimos a La Vega Ángel, González, Mampico, yo y un compañero de la Escuela de Ingeniería de la UCV, todos muy activos durante las protestas estudiantiles. Fiel al propósito de encontrar algún espacio por donde salir un discurso político en medio de aquel movimiento caótico, nos juntamos con la multitud. El resultado fue que el pueblo desobedecido nos dio clases de resistencia y valor. Estuvimos allí dejándonos llevar, mirando cómo la gente sacaba los colchones a la calle y los incendiaban para evitar el paso de las patrullas policíacas y tanquetas del Ejército. Así que nos dedicamos en un primer momento a colaborar con ese armado de trinchera improvisada, a repeler a patrullas a la policía, a movernos conforme al ritmo que imponían la masa de gente y la necesidad de coherer para no resultar huído o capturado.

En esto andábamos, incorporados a la energía desatada de la gente, cuando de pronto a nuestro lado, en mitad de la confusión, una mujer embarazada dio un breve grito y cayó con un balazo en el pecho. Si hasta ese momento la situación era infernal, entonces ya se convirtió en la guerra. Los últimos tocatón fueron. Estábamos con los nuestros pero no podíamos dejar de sentirnos extraños. El amigo de la Escuela de Ingeniería se mantuvo firme hasta ese momento. Luego de ese episodio desapareció; cuando volvimos a encontrarnos, días después, hablamos mucho sobre la gigantesca diferencia entre participar en un disturbio en las afueras de la Universidad, y en otro a campo traviesa, sin nada que te proteja salvo la organización, el valor y la entereza.

José Alfredo: En día logramos inventar una excusa para cobrar unas armas en La Vega. Bajamos por las máquinas policíacas donde sabíamos que había policías encartados, astrotizados, y los utilizamos que entregaron las armas en nombre del Movimiento Popular de Liberación (un nombre que inventamos en el fragor de la agitación, que en ese momento estaba tomando el control del Estado). González era quien solía el discurso, con ese vozarrón y ese don de mando, algo como: "Señores funcionarios, somos miembros del Movimiento Popular de Liberación.

Tienes tres minutos para entregar las armas, sus vidas van a ser respetadas. No intenten oponer resistencia, sus superiores están bajo resguardo del Gobierno Revolucionario y queremos evitar seguir aplicando la justicia popular". En dos minutos policiales funcionó la táctica. El intento no pudimos detenerlo porque estaba ya rodeado por el Ejército.

Como una granada cuando la quitas el seguro de la espoleta y sabes que dentro de ella todo el odio, la rabia, el miedo y la naturaleza homicida puede liberarse y destruirte: los hombres que tú estás acostumbrados a la guerra funcionan así, y los desactivas de esta manera: los animas, mantienes agitada la espoleta, los pones en su sitio; lo mismo haces con el ganchito de la espoleta: lo mantas nuevamente de donde lo sacaste y los das la libertad. Suelta la granada. Impone tu autoridad y nadie sale herido.

Ángel: Después del Sacudón, la masacre y desaparición de miles de venezolanos, el país trataba a no que la sociedad burguesa llame "normalidad". Queremos estudiantes activos en la Universidad, acostumbramos muchas charcas, algunas de ellas muy amargas, sobre la pertinencia de tratar de mantener el clima de agitación en las calles. No sé si por ingenuidad, por voluntarismo o porque los acontecimientos estaban demasiado frescos, pero el caso era que invertíamos tiempo y energía en discutir un fenómeno que escapaba a nuestras posibilidades de acción y organización: ya lo que estaba sucediendo en el país no iba a ser potenciado ni inhibido por el movimiento estudiantil o por vanguardia alguna. Todavía estaban muy frescos los efectos del Sacudón, la masacre contra todo un pueblo, la persecución contra gente del movimiento estudiantil, los catalanes y las torturas contra la gente del 23. El punto era cuán necesario o recomendable era tratar de encender una candela después de apagado el gran incendio del siglo: el Caracazo.

Era la hora de la multitud desbordada y nosotros todavía creíamos poder incidir en el clima estructural del país a partir de algunas acciones. Gonzalo defendía una posición que a muchos nos parecía oscuras o desproporcionada, porque nos aludía, pero que al final resultaba la más honesta: decía que quedarnos gravitando en la Universidad era apoyar una forma de protesta más frívola que auténticamente revolucionaria. Veía un dilema por resolver: o nos quedábamos en la Universidad o nos juntábamos con el pueblo desahuciado. Él decidió personalmente actuar con la segunda opción.

En los días previos al 4 de abril hubo fuertes discusiones sobre la pertinencia de participar en una manifestación en particular: la que anunciaban unos estudiantes de educación media en la parte baja de Propatria. A veces nos parecía que era un error grave salir a exponerse en un evento tan local y además en una zona donde los cuerpos represivos se habían ensañado desde siempre con gran crueldad contra la gente nuestra, la gente pobre y las actividades de izquierda. Le tratamos de explicar que participar en esas demostraciones era un error táctico con consecuencias en la estrategia, pero era inútil porque a partir con el temperamento del campo y tratar de disuadirlo. Para Gonzalo no se replegarse o abstenerse de entrar en combate era falta de principio y una falta grave a los deberes revolucionarios.

Miriam: La noche del 3 de abril dormí en su casa, como lo hice tantas veces. Su familia prácticamente me había adoptado; yo era una especie de extraño hermano que a veces colaboraba en algunas cuestiones domésticas y se esforzaba en no estorbar mucho.

Al día siguiente desperté tarde. Le pregunté a Miriam por Gonzalo; ella me dijo que se había ido muy temprano y sin desayunar. Me comí su desayuno, estuve un momento más en la casa, me despedí y salí a la calle. Era cerca de las nueve de la mañana.

Cuando iba saliendo en la camioneta por puente me interesé por razón de las demostraciones en el Liceo Andrés Bello Blanco, allí en Propatria. No había noticias todavía del asesinato. Pero apenas oí el nombre del Liceo pensé: "Gonzalo".

Hácteme Quitar que el asesinato de mi hijo fuera juzgado de acuerdo con las leyes hechas por el mismo sistema criminal que le quitó la vida. Quitar además que el abogado no fuera un camarada o militante de esta causa, sino un periodista ordinario, sin otro interés que el caso judicial. Identificar al asesino fue relativamente fácil, ya que durante el juicio sus propios compañeros de trabajo comenzaron a contradecirse entre sí o a señalarnos abiertamente. Ramón Púa se llamaba, natural de Coto, estado Falcón. Era cabo de la Policía Metropolitana para el momento del crimen.

En sus primeros testimonios aseguró que llevó a mi hijo en el enfrentamiento que se suscitó cuando éste emboscaba junto con otros a la patrulla en que viajaba con otros policías. Pero tanto los testigos que declararon como los policías que iban a su lado dijeron algo distinto. Gonzalo fue capturado vivo y sujeto a golpes en la patrulla policial. Dos horas después la patrulla lo dejó abandonado en el hospital de Los Magallanes con un tiro en un costado.

Mariluz El asesinato de Gonzalo se me llenó de símbolos, de pesadillas, de cuestiones mitológicas en las que nunca había creído. Gonzalo nació el 11 de noviembre, 11/11; lo mataron el 4 de abril, 04/04; tenía 22 años; nos conocimos el 9 de septiembre de 1988, 9/9/88. Los policías que iban en la patrulla donde lo mataron eran doce como los Doce del Patíbulo; la fecha de nacimiento de su asesino es 22/06/66 y su cédula termina en 888. Las simetrías son misteriosas y desencadenan hechos fatales.

El día anterior al de su muerte me pedían vestirme; él estaba ocupado y yo estudiando para un malito examen de Geografía del malísimo bachillerato. Yo estaba dispuesta a ir con él a la protesta del Bicentenario Patria pero tenía que estudiar para ese examen. Es el motivo más triste y más patético, un absurdo que me da vergüenza repetir: no pude estar con Gonzalo ni intentar nada que le diera algún giro a nuestra historia, simplemente porque tenía una obligación tan ridícula como pasar una materia.

Quisimos entonces encontrarnos en la tarde del 4 de abril en una pastelería de Akatuta llamada La Placeta, pero Gonzalo nunca llegó. Lo esperé por horas. Por supuesto que intuí que algo malo había pasado. Al acercarme a mi casa, en la acera, estaba Carola esperándome. Cual no hizo falta que me dijera nada. Varias veces antes de poder mirarle los ojos

comencé a destruírnosme. Recuerdo que me dijo: "No puedes dormir hoy en tu casa. Entra, destrónala, invéntale algo a tu mamá y busca topa para varios días. Prepárate para lo peor". No sé qué clase de consejo puede ser ese, en un momento tan grave y con palabras tan violentas, pero en la voz de mi abuela me sentí un maridito y sabia.

Esa noche me tocó dormir en una alfombra blanca, peluda, mullida de quién sabe qué amigo solidario. No pude dormir, pensando, estupefacta, anestasiada por el golpe. Al día siguiente una profetisa del liceo donde yo estudiaba me informó que la Ditep había estado rondando el plantel, que lo mejor era que dejara de asistir por un tiempo, o que me retirara. Así, de un día para otro yo tenía otra rutina, otra vida, otros espacios. Y un vacío que no he podido llenar jamás.

Pero "lo peor", me algo monstruoso que visitó a Catala, vino después. Después del funeral, después del impacto inicial.

Háctese: No quisiera para mi hijo ningún honor que si hubiera desperdiciado por tratar de rituales burgueses o despectocondonables. Lo sepultamos en el Cementerio General del Sur, en una tumba pobre al lado de los pobres de Caracas. Mi único homenaje ha sido llevar el caso judicial hasta el punto en que la justicia burguesa funciona para castigar a sí misma.

Gracias a los compañeros de mi hijo hubo algún revuelo en la prensa, mucha indignación entre la gente, que venía de un trauma espantoso como la matanza de febrero pero que, sin embargo, parecía muy desconocida con este asesinato del maltrato sistémico y el maltrato estado de cosas. Una vez estuvo frente a frente con uno de los jefes máximos de la Policía Judicial, Alexis Bolívar, solicitándole colaboración para que no fuera a quedar impune el crimen, para que el policía tan fuera encubierto o protegido. Al escuchar el nombre de mi hijo exclamó, en tono de gran fastidio: "Cofio, pero ¿vamos a seguir con este cuento? ¿Cómo era que se llamaba ese ciudadano? José Martí? ¿Por qué era tan importante ese señor?". Una vez me testimonió adentro: "Si esta gente no respeta a los vivos, ¿cómo va a respetar a los muertos?".

Más afina y más golpes me han estado dando las artes del autocensura. A mi edad, mi fuerza puede expresarse de muchas formas. La mía es una rabia larga y serena que los ha ido devastando con sus propias herramientas y en su propio terreno profanado.

Miriam: Nunca quise involucrarme más de lo que Héctor me permitía en las cuestiones legales. Nadie conocía con tanto detalle el expediente como él. Supe de momentos específicos del caso, como el momento del amnistamiento a juicio del asento, que en un momento del proceso fue anulado a un régimen de presentación; el policía fue destituido de su cargo y debía presentarse todos los jueves en el tribunal y firmar un libro donde constaban sus ausencias.

La larga y ardua tabla de mi espionaje se expresaba de esta manera: cada jueves de su vida, durante los cinco años que duró el régimen de presentación, Héctor acudía a las puertas de ese tribunal. Miraba el rostro del asento cuando éste entraba a la oficina, se quedaba mirándolo durante los largos minutos en que éste permanecía sentado, inmóvil frente al juez y los empleados del juzgado; continuaba mirándolo cuando el asento era emplazado a firmar el libro de asistencia y cuando salía de la oficina. Lo miraba un rato más mientras se alejaba hacia su infesta libertad constitucional. Luego su vida seguía entregada al caso, a nuestra casa y a las rutinas del trabajo, hasta el jueves siguiente. Y recomenzaba el ceremonial de esa rutina callada y firme.

Mauricio: Recopilamos todas las datos de identidad y domicilio del asento y dispusimos un plan para ajusticiarlo. El hombre vivía en Montecarlo, La Guaira. Varias veces fuimos a ese barrio a vigilar sus movimientos, a hacer un estimado de sus horas de llegada, de sus rutinas, de su estancia. Cuando tuvimos algo parecido a un plan de ataque y escape, listas ya para la emboscada, le comunicamos nuestra decisión a Héctor. El viejo nos dijo, con toda tranquilidad, que no era buena idea exponernos, arriesgarnos a perder a otro compañero. Pero su petición principal era que no le ajusticiáramos su propio plan: "Ya mi ajusticiamiento empezó hace rato en los tribunales. Les pido por favor que no me lo echen a perder".

Miriam: Mi obsesión tenía forma y ocupidad abstractas, y me concentré en un lugar específico: el secretario donde González fue capturado por los policías. Había oído y leído varias veces que ese lugar quedaba en las veredas de Propatria, en el barrio Montecarlo Rodríguez. Les pedí a Ángel y a José Alfredo que fueran a ese sitio. Yo tenía que ver y reconocer la locación de mi pasadilla: González enfrentando a un secuestrador de criminales, González

ayudando a unas muchachas a cruzar el puente sobre aquel abismo, Gonzalo cayendo irremediablemente en las profundidades, Gonzalo capturado y vejado. La reconstrucción de sus últimos minutos de vida me parecía importante, y necesitaba estar presente en el *álbum*. Tal vez sólo quería cumplir con un ritual que recordaban las acrobacias: al te acorrista, combínalo. Los compañeros aceptaron lo.

Llegamos al barrio y recorrimos el posible trayecto de la huida: el frente del liceo, la pequeña calle que da hacia las veredas, unos 20 metros de casas, algunas de ellas con zapicho o jardín, y finalmente el campo abietu que desembocaba en la quebrada. Caminamos hasta el lugar y llegamos. Ahí estaba el lugar de las obediencias. Cuando lo vi rompí a llorar. Luego me distuve porque quedé mirando un momento. Pero, una vez más, mucho más el llanto. Le acababa de dar la bienvenida a otro tipo de dolor.

La quebrada donde lo capturaron es una ranja de no más de dos metros de ancho y medio metro de profundidad, por donde corre a duras penas un agua putrefacta. Gonzalo no combatió a sus asesinos en el nacimiento granítico, épico y monumental que me descubría, sino en una vil cubeta por donde fluyen o tratan de fluir algunas líquidas inmundas. En esa mierda de acuario fue donde lo capturaron. Ahí cayó Gonzalo. Ahí se terminó su historia.

José Alfredo: Finalmente el asesino fue condenado a 12 años de cárcel por homicidio calificado, incluso en el uso de la fuerza en ejercicio de sus funciones y otras cargas de feos que sólo saben pronunciar los abogados. Por unos años supimos de su reclutamiento en la Zona 2 Cacha, que es el lugar donde entrenan a los policías delincuentes. Luego no hemos sabido de su destino, su nombre desapareció de los registros. Ha sido imposible saber si murió, si huyó de la cárcel, si todavía está en algún otro rincón.

Nuestro único consuelo es que Héctor, al morir, se llevó una victoria y su hombre de justicia antañona. Logré llevar al asesino a la cárcel, logré meterlo en pelotón. No deja de ser una triste victoria, porque nada puede compensar a la muerte, sino la muerte.

Marcial: Cada día de su cumpleaños y de su muerte voy a dejarle una rosa en su tumba, otro ritual de liborio que no quiero abandonar. Una vez, creo que en el tercer aniversario, al llegar a la tumba noté que alguien

me me había adelantado y había dejado un clavel. Al año siguiente volví a ver una flor depositada allí antes que la mía. Y tiempo más tarde logré ver a la autora de esos homenajes: una muchacha que al verme volvió a lo lejos a mirarme en sentido contrario. Un día tal vez logre conversar con ella.

El dolor es como la energía: pasa y se transforma, pero no desaparece. Ésa es la sensación: ya no duele pero sí está por ahí, transformada en otras cosas. Después de veinte años queda una cicatriz que la toca y la mueve y la joruga y no hay dolor. Pero queda algo en su lugar. No sé cómo se llama ese algo, pero es lo que me garantiza que no habrá paz ni obediencia.

—Bueno, cariñita, llévate esta lista de familiares y amigos. Son testimonios valiosos. Todos conocieron a Gonzalo y son gente buena. Gente que estaba haciendo Revolución cuando decir eso se pagaba caro. Así que trata de controlar tus malcriadeces cuando hablas con ellos —dijo Leonarcho.

—Solos todos cuando entrevistates a Miriam. Ésa sí te lleva tu cariño —dijo Oscar.

—No, yo soy antipática nada más frente a los viejos viejos como ustedes. A la señora la voy a respetar y cuidar que termine queriéndonos —dijo Mariana.

—No me extrañaría. Si hasta la tata de Mauricio era como un miembro más de esa familia —dijo Leonarcho—. En gente tenía cuando hasta puta simoniar a los chicos más ricos. En el año 87 Gonzalo fue a Colombia a establecer relación política con gente organizada de allí. Por cierto que en Bogotá le sorprendió un episodio de violencia y represión: violencia de los narcos y represión generalizada del Gobierno contra los barrios pobres. Cuando los cuerpos represivos colombianos tan sabían de dónde venía tal o cual ataque entonces se ensañaban contra los barrios pobres. Gonzalo estuvo ahí unas semanas y se trajo muchas sensaciones, testimonios y enseñanzas. Bueno, el caso es que en ese tiempo que estuvo afuera el Mauricio estuvo frecuentando la casa, porque ayudaba a Héctor a hacer mecánica y otros trabajos chicos. La hermana de Gonzalo era una chata muy joven y muy hermosa, pero Mauricio y todo el mundo la trataban siempre con respeto y distancia, entre otras cosas porque tan era muy cómodo tener que soportar una tirada simoniarista de Gonzalo por más de medio minuto. Mauricio contaba que un viernes, al terminar el trabajo del día, Héctor llamó a la muchacha, le dijo un día y le dijo: "Andrés, por favor, lleva a Mauricio al cine". Una forma muy hermosa de expresar agradecimiento y de otorgarle plena confianza a un desconocido como él. Mauricio decidió llevarla a la Cinemateca Nacional, donde Yulimar Reyes trabajaba como acomodadora y cuando las pibas fincas tan hacía pasar gratis. Gonzalo iba muchas veces a ver películas libremente, ayudado por Yulimar —nuestros dos mártires unidos de alguna forma por la cinematografía—. Cuando Mauricio le contó ese episodio a Gonzalo, el papa y que puso una cara de arracheta gigante. Pero eran palabras de Héctor, y Mauricio los asumió con respeto.

—Bueno, viejas matrona, va siendo hora de irme. La próxima vez espero que me cuenten algo más organizado y con menos mentiras y exageraciones —dijo Mariana.

—¡Ah, tu joda! —dijo Leonardo.

—Vete por coño —dijo Oscar.

—¿A ti nunca te echaron una pela cuando muchacha? —preguntó Ángel.

—Sí, en la casa me echaron varias pelas. Y me algunas echando pelas en la calle. Ayer me llamaron porque le puta chavita porque pasé en medio de una marcha de la derecha con mi camisa roja —dijo Mariana.

—Ajá, ¿a que a esa gente sí no la tranquiliza ni la respocilita nada? —dijo Leonardo.

—No sola gñerón, eran como mil maléficos contra mí sola.

—Bueno, vete con cuidado, pues —dijo Ángel—. Estas hichas convocan a un paro general y van a seguir juclando. Apréndete la lección de la capucha: hay que seguir combatiendo pero es bueno cuidar la identidad. Si una van a juclar que non juclan en el campo de batalla, no intenten calmarnos tranquilizándonos por las calles.

—¿Se fijan? —dijo Mariana—, ahora que estamos en el Gobierno, ustedes siguen teniendo esa actitud de clandestina, como si los corruptores fueran nuestros. Los que deberían estar negociándose con ellos.

—Pero es que nunca vamos a perder la condición de subversivos —dijo Leonardo—. No hay gobierno más subversivo que éste. Y esos criminales que tú vas combatiendo ahora son los mismos que mataron a González, a Yulimar, a Sergio, a todos ellos. Y tienen el mismo poder y los mismos recursos. Así que ponte las pilas, no te pongas a contar con que la policía te va a salvar ahora de la masacre y la coñaza. Cúchalo al hasta se ponen a dispararnos otra vez si se ponen la valva fea.

—Ya está bastante fea —dijo Oscar—. El alcalde y el jefe de la Policía Metropolitana siguen siendo el enemigo. La luna de miel con el chavismo las duró poco. En el 99 amaban a Chávez; tres años después ya están conspirando. Así que anda con cuidado. Y cuidala se hacen, muchacha.

—Mira, pajúo —respondió Mariana—, cuando alguien me haga controlar el hocio me amaneo y me inscribo en un partido de derecha. ¿No les gustaba la rebelión? Bueno, también por el pecho, ésta es la mía.

—Ah, vale, me salvé feminista la chatra... —dijo Ángel.

—Feminista, un coño. Es más: paguen las cervezas. En esto si soy machista, conservadora y tradicionalista —dijo Mariana.

—¿Tiempos con qué pagar? El día de cobro está lejos. Hoy apenas es 10 —dijo Óscar.

—Y las bancas y comercios tal vez no abran mañana. Hay un veto justo en el país. Esos carajos van a venir con todo —dijo Leonardo.

—Mañana es 11. ¿Listos para en la numerología? 11-04-2022 —dijo Mariana.

—Yo en lo que creo es en la rutina de cobros que nos vamos a dar con esos carajos en estos días —dijo Leonardo—. Acuérdate de los vientos: *Vientos de las antiguas incrucias, / aquellos las violentas y pedraus...*

ÍNDICE

NOTA EDITORIAL / 9

PRIMERA PARTE / 13

SEGUNDA PARTE :
JAURENA / 53

TIEMPOS DE INCENDIO

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana

febrero de 2022





Tiempos del incendio recrea la atmósfera de agitación e inestabilidad social de finales del siglo xx venezolano; un momento en que las protestas estudiantiles eran reprimidas brutalmente por los cuerpos de seguridad de la época. La novela reconstruye –de manera fabulada pero con evidente base real– la historia de un grupo de estudiantes universitarios que se entregaron a la lucha por la igualdad social y política, siendo protagonistas de un periodo crucial para nuestra historia: el paso de una a otra Venezuela, la frontera temporal, política, económica y cultural marcada por el Caracazo o el Sacudón. Entre datos reales y ficcionales asistimos a los últimos meses de vida de un ardoroso combatiente: Gonzalo Jaurena, hijo de exiliados uruguayos, quienes huyeron de las dictaduras impuestas en el cono Sur por Estados Unidos mediante el Plan Cóndor. Ambas realidades, la del Uruguay de los años 70 y la de Venezuela del 89 se parangonan en dos generaciones de luchadores y mártires, que dejan un legado de rebelión popular y reivindicaciones históricas.

JOSÉ ROBERTO DUQUE (Carora, 1965).

Escritor y “periodista de facto”, término que se ha autoasignado con sarcasmo contra quienes solo consideran periodistas a los graduados en alguna escuela de Comunicación Social. A su paso por varios medios de información impresos (*El Universal*, *Diario 2001*, *El Nacional*, *Tema Venezuela*, *Pueblo en revolución*, otros) publicó crónicas, análisis y reportajes en fuentes tan disímiles como hipismo, deportes, sucesos, farándula, espectáculos, ciudad y política. Trabajó en la televisora Ávila TV y en la Agencia Bolivariana de Noticias (antes Venpres) como coordinador de Información. Su obra bibliográfica incluye trabajos periodísticos (*Guerra Nuestra –1999 y 2012–*, *Vivir en frontera –2004–*), testimonios (*La Ley de la Calle –1995–*, *Del 11 al 13 –2007–*, *Historias sobrevivientes –2012–*), novelas (*Salsa y control –1996–*, *No escuches su canción de trueno –2000 y 2014–*).

